



ASOCIACIÓN ASPERGER MADRID

El primer paso

INAP

INSTITUTO NACIONAL DE
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

El primer paso

El primer paso



netbiblo

INAP
INSTITUTO NACIONAL DE
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

EL PRIMER PASO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Los personajes y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

DERECHOS RESERVADOS 2014, respecto a la primera edición en español, por

© INAP © Netbiblo, S. L.

NETBIBLO, S. L.

www.netbiblo.com

ISBN: 978-84-15562-59-7

Desarrollo Literario de Alejandra Rodríguez Bueno

ISBN formato papel: 978-84-7351-403-3

NIPO formato papel: 635-14-031-8

ISBN formato electrónico: 978-84-7351-404-0

NIPO formato electrónico: 635-14-032-3

Depósito Legal: M-30246-2014

Imagen cubierta: © [excape25](#)

Contenido



UNO:	¿Por qué nos gustan los dinosaurios?	9
DOS:	Un técnico en diagnóstico por imagen diagnosticado de síndrome de Asperger	23
TRES:	Los cambios nos aterran	43
CUATRO:	La vecina de la quinta planta	51
CINCO:	El chico al que le gustaba ver cómo despegan los aviones	59
SEIS:	El taller de habilidades sociales	69
SIETE:	La ecologista	85
OCHO:	Aprender a escuchar	99
NUEVE:	Decir la verdad	107
DIEZ:	El <i>joystick</i>	123
ONCE:	Algo en común	131
DOCE:	El primer paso	143

UNO



¿Por qué nos gustan los dinosaurios?

«HOLA SOY RAÚL». A Raúl le habría gustado saludar con una frase más ingeniosa¹ y divertida, como le había sugerido que preparase Jorge, el psicólogo con el que trabaja las habilidades sociales, pero ya estaba bastante nervioso por tener que hablar frente a una clase de niños de diez años como para preparar un saludo original; así que saludó y, acto seguido, se puso a contar mentalmente; mientras la joven profesora de vaqueros y cabellos largos que, tal y como Lucas le había anticipado, tenía cierto aire con la Marceline Chupalmas de Hora de Aventuras, lo presentaba a su público preadolescente. «Cuarenta y dos ojos, veintiún alumnos, seis con gafas, quince sin gafas,

¹ Una persona con síndrome de Asperger no entiende la utilidad del saludo, es un absurdo para ellos. Piensan algo así como, si ya estoy aquí, ¿por qué tengo que decir algo que no significa nada?

trece niñas, ocho niños...». Contar era lo que Raúl hacía cuando llegaba a un lugar que no conocía, era su forma de familiarizarse con el entorno, también lo hacía porque contar le relajaba, y contaba de un modo que nadie que lo estuviera mirando adivinaría qué estaba haciendo.

De los cuarenta y dos ojos, veinte pares miraban las réplicas perfectas de Tiranosaurio Rex, Espinosaurio, Carnotaurus, Velociraptor y Dilophosaurus, los cinco dinosaurios más peligrosos de todos los tiempos que Raúl había seleccionado de su colección, los que, en la mesa de la maestra, lucían sus monstruosas formas, diminutos ojos amenazantes y dentaduras afiladas, para deleite de los pequeños y curiosidad de las niñas; el par de ojos que no miraban a los dinosaurios miraban a Raúl. Eran los oscuros ojos de Lucas, que asomaban entre los nudillos raspados de sus manos, que sostenían su cabeza como si esta le pesase tanto como un cráneo de Tiranosaurio. Lucas era el hijo rebelde de la vecina de Raúl, Lola, la guapa mujer de ojos grandes y melena negra con aroma a flores, causante de que Raúl estuviera allí.

—Por favor, di que sí —le había dicho con esos enormes ojos oscuros, cercados por unas larguísimas pestañas espesas.

—No puedo, me cuesta mucho hablar en público.

—Raúl lo decía en serio, no era una excusa para no ir.

Los exámenes orales y exposiciones siempre habían sido una tortura para él y no era fácil de convencer, generalmente, hacía las cosas si iba a obtener algo.

—Pero si sólo son unos críos... —Lola había apoyado todo el peso de su cuerpo sobre el delgado y alto tacón del zapato imitación de piel de leopardo, que hacía juego con los leggings talla S, que marcaban su curvilínea figura de talla M. Lola le había pedido a Raúl que fuera a su casa porque tenía algo muy importante que decirle, y Raúl había acudido sin imaginar que Lola le pediría que fuera a la clase de Lucas a hablarles a los niños de uno de sus temas favoritos, los dinosaurios.

—¿Me vas a decir que te dan miedo los niños? —insistió Lola.

—Los niños son muy difíciles de contentar, si se aburren pueden ser muy crueles —intentó excusarse Raúl, hablando por propia experiencia.

—La vida es cruel —Lucas lo sabía, también, por propia experiencia. Hablaba sin dejar de presionar incesantemente los botones del mando de la Play III, que le había costado muchas horas de estudio y de quehaceres domésticos. Lola era de las madres que exigían que los hijos se ganasen los regalos. Cuando Lucas cumplió cuatro años, Lola le había dicho que los reyes no existían, y cuando se le cayó su primer diente de leche, a los cinco, ya sabía que el ratoncito Pérez no vendría jamás.

—Lucas tiene que llevar a alguien a que hable en clase de algún pasatiempo.

—No es obligatorio llevar a nadie. —El estruendo de un bombazo estremeció a todos, e hizo que Lucas hiciera un gesto de victoria, con el que la melena se le había venido hacia adelante, cubriéndole prácticamente todo el rostro. Estaba «matando peña».

—¿Quieres ser el único que no lleve a nadie? Ni hablar. Ya hablé con tu maestra y me ha dicho que puede ir Raúl sin problema. Venga, Raúl, haznos ese favor, a todos los niños les gustan los dinosaurios.

—A mí no —dijo Lucas sin perder de vista el televisor.

—Pues hubo una época en la que te gustaban, y mucho. Anda, Raúl, hazlo por mí.

Y era por ella que estaba allí.

Sofía, la joven maestra, llamó la atención de la clase con un par de palmadas.

—Como ya sabéis, Raúl ha venido gentilmente a hablarnos de un tema que le apasiona, los dinosaurios —hablaba de Raúl con una cálida sonrisa, en la que Raúl no reparó porque, muy a su pesar, en cierto modo, volver a pisar un aula de primaria le había hecho viajar en el tiempo.

Raúl había sido el pardillo de la clase, un pardillo con suerte, porque, a diferencia de muchos amigos

suyos de la Asociación, Raúl podía presumir de haber recibido palizas en contadas ocasiones, sin embargo, había sufrido continuamente insultos, que minaron su autoestima, porque a Raúl lo que más le dolía era que lo trataran como a un tarado.

En ese momento, allí de pie, de espaldas al encerrado negro, en esa sala amplia de color amarillo y con un mural alusivo a la contaminación del planeta, que ya era tema de actualidad cuando iba a la escuela, se sintió teletransportado años atrás, cuando él cursaba lo que hoy sería quinto de primaria.

Habían pasado veintiún años desde aquel mil novecientos noventa y tres. Su pupitre, a diferencia del de los demás alumnos, estaba junto a la mesa del maestro; ese era el lugar destinado a los alumnos con problemas de conducta o de aprendizaje, porque erróneamente le habían diagnosticado, déficit de atención con hiperactividad.

La imagen de su clase estaba grabada como una fotografía en su memoria, como si estuviera viéndola en ese momento. Recordó que ya entonces, en palabras de su madre, tenía la costumbre de hacer un inventario de todo lo que veía, lo contaba todo y no sabía por qué. Pilar, que ya había notado que su hijo era distinto a los niños que ella conocía, quería entender qué le ocurría a Raulito; en una ocasión había leído que las matemáticas permitían entender el mundo, y pensó que tal vez esa podía ser una pista

para comprender el proceder de su niño. Años después, entendió que Raúl contaba porque era parte de un proceso mental que él hacía para enterarse de lo que veía, él aprendía por partes, para poder luego comprender el conjunto. Y aunque ese método le valía a Raúl para conocer muchas cosas, no le valía para lo que más falta le hacía: entender a la gente. Aún ahora, las personas continuaban siendo un interrogante para él, tal vez por eso le gustaban tanto los dinosaurios, con ellos no había posibilidad de equivocarse, todo lo que se sabía de ellos estaba perfectamente clasificado y se desprendía de estudios exhaustivos y rigurosos en los que las suposiciones estaban descartadas. Sin duda, le resultaba más fácil conocer y entender algo que llevaba siglos extinguido que a cualquiera de los presentes en la clase de Lucas. Y no es que no le gustase la gente; no era cierto que, por tener síndrome de Asperger, no le gustara relacionarse. Todo lo contrario. Si algo tenía en común con la gente que no está diagnosticada de ningún trastorno, es que también sentía la necesidad de estar con gente, de tener amigos, sentir que formaba parte de algo; su problema radicaba en que a veces no sabía como comportarse con otros, o a los demás les llamaba la atención algunas de sus reacciones o a veces los demás esperaban que él se comportase de una determinada manera. De pequeño a Raúl le costaba diferenciar la realidad de la ficción y hablaba mezclando cosas que le habían

ocurrido de verdad con otras que leía en los tebeos de superhéroes... De hecho, solía hablar de sus poderes sobrenaturales. Esa dificultad para diferenciar la realidad de la fantasía, aunada con su desconocimiento en aquel momento con de las reglas de los juegos, en unos casos, y en otros a que él tenía una idea de cómo debía ser jugado un juego en particular, hacía que los niños se apartasen de él. Para Raúl, de pequeño, era muy difícil darse cuenta de que para que un juego funcionase todos debían seguir las mismas reglas, lo que implicaba ceder algunas veces, y era eso básicamente lo que hacía que los niños no contasen con él para ningún juego. Conforme fue madurando, Raúl dejó de confundir la realidad con la ficción, y con la ayuda de terapias y talleres había aprendido formas apropiadas de relacionarse con la gente. Sabía cómo iniciar una conversación —hablando de generalidades, comentando algo evidente, y nunca tratando asuntos personales con desconocidos—, pero seguía sin saber qué hacer para caerles bien a los niños que tenía enfrente y con la profesora, que lo miraba con una sonrisa. Aunque en el fondo pensaba que había muchas otras personas sin un diagnóstico de SA que tampoco sabían qué hacer con los niños.

Nada tenía que ver esa joven maestra con don Mariano, su vetusto profesor de aquel triste 1993, quien, a diferencia de los otros maestros, no le daba collejas, ni lo trataba de «burro», pero que al igual

que ellos tampoco lo defendía de los abusos que se burlaban de su inocencia, de su dificultad para entender bromas, de su falta de coordinación para deportes grupales; y se limitaba, como hacían todos, a lamentarse de su mala suerte por tener a Raúl en su clase, y a recomendar a sus padres que lo cambiaran a un centro especializado en niños como su hijo.

—Raúl, Lucas nos ha contado que trabajas en un hospital.

—Sí. Es correcto —había aprendido en el taller de habilidades sociales la importancia de mirar a los ojos a la persona con la que hablas, y a base de practicar, le estaba perdiendo el miedo, también sabía que era más fácil caer simpático cuando uno sonríe, así que sonrió.

Sofía hizo una pausa esperando a que Raúl siguiera hablando, pero Raúl se quedó allí esperando la siguiente pregunta, creándose una situación un poco incómoda.

Finalmente, Sofía reaccionó:

—¿Puedes hablarnos un poco de tu trabajo?

—Desde hace un par de años trabajo en una unidad de diagnóstico por imagen, y tengo un Título Superior en Imagen para Diagnóstico.

—¿Entonces trabajas con rayos X?

—No. Opero un equipo de resonancia magnética de imán súper conductor. Realizo todo tipo de exámenes, con o sin contraste, a niños, y eventualmente a adultos.

Raúl no se daba cuenta de que los niños comenzaban a inquietarse.

—Principalmente analizamos alteraciones en los tejidos para observar inflamaciones, presencia de células cancerígenas y otras patologías.

Una niña de pelo rizado y diadema levantó la mano para, inmediatamente y sin que nadie le diera la palabra, interrumpir a Raúl.

—¿Tu trabajo tiene algo que ver con los dinosaurios?

—No. Colecciono dinosaurios porque me gustan, siempre me ha gustado leer sobre ellos, ver documentales, películas, artículos de revista, todo tipo de información referente a ellos.

—Parece que los niños están impacientes por que inicies tu exposición —dijo la maestra.

Raúl tomó aire. Había preparado una exposición como las que hacía en sus tiempos de estudiante, confiando en que ahora, que era todo un profesional, que se ganaba la vida con su trabajo, le iría mejor que en aquellos tristes años en los que pensaba que algo funcionaba mal en su cabeza.

—Las réplicas que veis pertenecen a los cinco dinosaurios más peligrosos de todos los tiempos. Tiranosaurio Rex —hizo las pausas, como lo había ensayado, para presentar a sus favoritos—, Espinosaurio, Carnotaurus, Velociraptor y Dilophosaurus...

La joven profesora había abierto mucho los ojos cuando oyó «peligrosos», y ya estaba valorando la

idea de cortar la exposición, si esta hacía alarde de violencia, para evitar que luego los padres presentasen una queja que conllevara una amonestación en su historial.

—Molan mogollón. —Uno de los compañeros de Lucas se había animado a manifestar su emoción, mientras Lucas observaba todo mudo.

—Voy a comenzar hablando del Tiranosaurio debido a que es el más popular entre los dinosaurios, popularidad que se debe a que aparece en muchas películas, entre ellas Parque Jurásico de Steven Spielberg...

Jorge, el psicólogo con el que trabaja las habilidades sociales, le había recomendado que no fuera tan técnico, que hablase de cosas que pudieran conocer los niños, como las películas y los juegos.

—¿Qué peli es esa? —La niña de la diadema volvió a levantar la mano para intervenir inmediatamente.

—Una, muy buena.

Y sin decir más siguió con su exposición. Lo había hecho sin ánimo de ofender, pero todos interpretaron que Raúl estaba pasando de la niña pesada, y una risotada sonó en la clase de quinto B de Primaria, risotada que Raúl interpretó como que se estaban burlando de él, por lo que siguió hablando, pero sintiéndose incómodo.

—El Tiranosaurio Rex fue un carnívoro bípedo cuyo enorme cráneo medía un metro y medio. La cabeza estaba sostenida por un grueso cuello, corto

y muy musculoso. Para mantener el equilibrio el Tiranosaurio usaba su larga cola.

—Me aburro —dijo entonces uno de los chicos.

Raúl reparó en uno de los alumnos que parecía había dejado de ser niño hacía tiempo, debía de tener un par de años más que el resto. Tenía un peinado raro, como si llevara una cresta en la cabeza, y un orificio en la nariz, señal de que le habían prohibido llevar su pendiente a la escuela. Era el típico macarra. Raúl lo miró y siguió hablando, esta vez sí, pasando totalmente de él.

El peso del Tiranosaurio variaba dependiendo de la especie, entre las seis y ocho toneladas. Vivió hace aproximadamente entre 67 y 65 millones de años... ¡No lo toques! —gritó Raúl perdiendo la calma.

Todos se quedaron impávidos ante la reacción de Raúl, y la desdichada niña de la diadema, que sin levantar la mano se había puesto de pie para coger, sin permiso, al Espinosaurio, se puso a llorar desconsoladamente, soltando la réplica del susto, lo que enfadó aún más a Raúl. La joven maestra inmediatamente acudió a consolar a la niña. Raúl recogió su dinosaurio del suelo, lo puso en su sitio, y no supo qué hacer.

—Háblanos del Gorgosaurus. Sale en Caminando entre dinosaurios —un niño muy pequeño, pero con orejas muy grandes, habló detrás de sus gafas gruesas.

—Ese dinosaurio no forma parte de la selección.

—Raúl hablaba sin mirar a los alumnos, se sentía muy turbado.

—¿Me dejas jugar con el Velociraptor? Un niño que tenía un cardenal en la frente y un aparato en dientes como un ferrocarril resplandeciente habló seseando y escupiendo.

—No te deajo.

—¿Por qué?

—Porque tengo que terminar mi exposición.

—¿Y después?

—Tampoco —y Raúl siguió hablando sin mirar a los alumnos.

Cada vez que Raúl alteraba su rutina lo pasaba muy mal, su práctica era lo que le permitía predecir qué sucedería. Sin rutina no sabía lo que iba a pasar, y ese desconcierto le hacía sentir un vacío en el estómago, como cuando uno sueña que cae en un abismo. Francisco, el padre de Raúl, estaba esperándolo en el coche, aparcado en las inmediaciones del colegio de Lucas, para llevarlo directo al hospital. Raúl solía moverse en bus y en metro, no le gustaba depender de su padre para ir de un sitio a otro, pero ese día no quería perder tiempo. Esa había sido la primera vez que pedía permiso en el hospital para llegar tarde a su trabajo, y ya estaba bastante nervioso por tener

que ir al colegio de Lucas como para ¡encima!, llegar más tarde de lo debido.

—¿Qué tal te fue?

—Mal.

—¿Por qué mal, qué pasó?

—No quiero hablar de eso.

Francisco notó que su hijo estaba alterado.

—¿Estás seguro de que quieres ir a trabajar? Puedes pedir el día si estás indispuesto.

—¡Llévame al hospital!—esa forma de hablar cortante, era la que solía usar Raúl con sus padres cuando se sentía frustrado.

Francisco no le dijo nada, prefirió esperar a que Raúl se tranquilizase un poco; ya hablarían con calma después.

DOS



Un técnico en diagnóstico por imagen diagnosticado de síndrome de Asperger

EL JEFE DEL SERVICIO llevaba años solicitando ampliar la plantilla sin éxito, y cuando se le notificó que por fin iba a contar con un técnico en diagnóstico por imagen más, no se animó mucho, porque también le comunicaron que este tenía síndrome de Asperger. Quiso alegar que un hospital infantil no era un lugar idóneo para alguien como Raúl, basándose en una idea preconcebida de las personas diagnosticadas con ese trastorno, pero como la decisión no estaba en sus manos, y les hacía mucha falta un técnico, no dijo nada. El Jefe del Servicio le asignó el nuevo técnico al doctor Fernández, un cincuentón delgado que aparentaba más años de los que realmente tenía, a quien tampoco le había gustado mucho tener que trabajar con alguien con síndrome de Asperger.

En su primer día de trabajo, Raúl había abordado al Dr. Fernández en la entrada del servicio de diagnóstico por imagen.

—Buenos días, doctor Fernández, soy Raúl González.

Fernández le miró a los ojos, esperando que Raúl le esquivase la mirada, cosa que no hizo. Ese primer contacto le valió a Fernández para darse cuenta de que Raúl había adquirido destrezas sociales. Al tener la confirmación definitiva de que trabajaría con Raúl, Fernández había estado indagando sobre el trastorno sin llegar a comprenderlo debidamente. Sus conocimientos sobre el tema eran escasos y se remontaba a su época de alumno, pero cuando él estudiaba, en Medicina el síndrome de Asperger todavía no se había reconocido como tal.

—¿Raúl González, como el futbolista?

—Sí, ya me lo habían dicho antes.

—Un chiste pesado.

—No sé. Nunca me hizo gracia.

A primera vista Raúl le cayó bien.

—¿No serás del Madrid?

—No, ni del Madrid ni de ningún otro equipo.

—Yo soy Colchonero, ¿sabes lo que es eso?

—Sí.

—¿Qué es?

—El hincha del Atlético de Madrid.

—Pensé que me ibas a decir que colchonero es el que hace colchones.

—Eso pensaba de niño, ahora sé lo que significa.

A Raúl le parecía rara la conversación que estaba teniendo con Fernández; si era algún tipo de evaluación, no le veía sentido alguno.

—Doctor, como le iba diciendo voy a trabajar en el servicio...

—Sé quién eres —interrumpió el doctor— y te advierto que lo vas a tener muy complicado.

—¿Es una ironía?

Fernández quedó desconcertado por la pregunta de Raúl.

—No, no es una ironía, es una verdad. ¿Por qué piensas que es una ironía?

—Para alguien como yo todo siempre ha sido, es y será demasiado complicado.

Fernández se dio cuenta de que Raúl tenía razón, y que el verdadero motivo de la advertencia, más que prevenirlo, era exculparse a sí mismo de lo que pudiera ocurrir, para luego poder decir «te lo advertí».

—No fue esa mi intención... acompáñame a la cafetería, el resto de compañeros debe estar tomando café.

Años atrás, Raúl habría dicho algo del tipo «no tomo café», pero con el tiempo había aprendido que en una situación como esa, el café era un mero pretexto

para interactuar con otros. Aprender eso, algo tan insignificante para la mayoría de la gente, había sido para Raúl una herramienta que le ayudaba mucho en su vida social.

Camino a la cafetería, el doctor Fernández le hizo una última pregunta.

—¿Por qué decidiste hacerte técnico en diagnóstico por imagen?

—Las máquinas de radiodiagnóstico detectan patologías e inflamaciones. Me gusta saber qué es lo que está mal.

A Fernández, Raúl le había parecido una persona sincera, y eso le había gustado. Una de las características que Fernández suponía conocer de las personas diagnosticadas de Asperger era su franqueza. Pensaba, erróneamente, que ellos eran sinceros porque no tenían opción a no serlo, e incluso que debían acudir a talleres para aprender a construir metáforas o frases en doble sentido. Posteriormente, en alguna ocasión en la que Fernández le había preguntado sobre ese tema, Raúl le había explicado que era cierto que muchos acudían a talleres para trabajar habilidades sociales, pero que eso no implicaba que fuera imposible aprenderlas por sí mismos. Además cuando se hablaba de personas diagnosticadas de Asperger no se podía generalizar, —dijo Raúl «todos aprendemos a construir metáforas, a entender frases hechas, o no literales, que lo hagamos mejor o peor depende

de nuestro entorno, del contacto con otras personas, las experiencias que hayamos tenido, y también hay que tener en cuenta que hay gente más receptiva que otra para ese tipo de aprendizaje». En aquella ocasión a Raúl le había parecido que Fernández estaba confundiendo el Asperger con una enfermedad, y sin reparar en que Fernández era médico y conocía la diferencia, se había sentido en la necesidad de dejárselo claro, «en nuestro cerebro no hay algo que esté mal o que no funcione, no es algo que se vea en una neuroimagen o en una resonancia, el Asperger es un conjunto de síntomas que manifestamos en nuestra conducta, y no es algo estanco, por lo general nuestras dificultades evolucionan hacia mejor».

Para Fernández, Raúl iba a ser su primer compañero de trabajo diagnosticado de síndrome de Asperger, y se preguntaba si tal vez en el transcurso de su vida se habría topado con alguien más que tuviera estas dificultades. En 1994 el síndrome de Asperger fue reconocido, como entidad clínica, y se incorporó por primera vez en uno de los Manuales internacionales que clasifican los trastornos mentales, —aunque el pediatra y psiquiatra austríaco Hans Asperger ya había descrito el síndrome en 1943—. Hasta entonces las personas que manifestaban un conjunto de síntomas por los que actualmente podían ser diagnosticados de Asperger,

antes eran diagnosticadas con otros trastornos, los más frecuentes eran el trastorno obsesivo compulsivo, esquizofrenia, TDAH²/TDA³, siendo sometidos a tratamientos e incluso medicaciones que no les habían valido de nada y que habían complicado aún más sus ya de por sí complicadas vidas, lo que provocaba que ellos y sus familias dieran tumbos de especialista en especialista y de diagnóstico en diagnóstico.

Antes de conocer a Raúl, el doctor Fernández no se había interesado mucho por el síndrome de Asperger, pero al tener trato con él, reflexionó sobre las ficciones que había visto o leído, en las que los protagonistas padecían Asperger, y que poco o nada tenían que ver con su técnico en radiodiagnóstico. Se dio cuenta de que la mayoría de las películas, series y novelas presentaban personajes con habilidades extraordinarias, genios incomprendidos o superdotados.

Raúl le había explicado que la mayoría de personas diagnosticadas de síndrome de Asperger no eran así, por lo general su cociente intelectual no se diferenciaba del resto de la población. Muchos tenían una gran facilidad para memorizar, otros aprendían a leer por sí solos —como había sido su caso—, o tenían

² TDAH: Trastorno por déficit de atención con hiperactividad.

³ TDA: Trastorno por déficit de atención sin hiperactividad.

una gran capacidad de concentración. Esto ocurría porque sus cerebros se concentraban intensamente en temas específicos, pero la gran mayoría no eran genios tal y como los retraban en la ficción, sino gente que luchaba constantemente por integrarse en una sociedad que no comprendían y que no les comprendía. Gente que tenía muy pocas oportunidades de desempeñar puestos acordes con sus conocimientos o posibilidades, porque, por lo general, los medios, estructuras, evaluaciones, protocolos o procesos de selección no se adecuaban a ellos.

Efectivamente, tal y como Fernández había anticipado, el equipo de técnicos en diagnóstico por imagen estaba reunido en la cafetería antes de iniciar su jornada laboral.

—Buenos días; os presento a Raúl. A partir de hoy se incorpora a nuestra plantilla. Raúl: ellos son Mónica, Tomás y Luis, nuestros técnicos en diagnóstico por imagen.

Tres rostros sonrientes le dieron la bienvenida.

—Hola —por más que Raúl quisiera aparentar serenidad, algo en la postura y estudiada sonrisa lo delataba. Raúl estaba contabilizando en su mente todo lo que veía.

—Ven, siéntate —dijo Mónica, poniendo una mano en la silla vacía que tenía al lado.

—No quiero interrumpir.

—No interrumpes nada. Siéntate —habló Tomás.

Tomás tenía una cabeza redonda y brillante como una bola de billar, pero en lo que más se fijó Raúl mientras se sentaba fue en sus dedos regordetes como unas salchichas.

—¿Te sirves algo? —preguntó Mónica.

—Cola-caos con leche tibia y sin azúcar. Voy a traerlo.

Raúl se quiso poner de pie como un resorte, pero la pequeña mano de Mónica sobre el brazo de Raúl lo sorprendió con su inesperado tacto, haciendo que Raúl retirase un poco el brazo. Mónica se puso de pie, Raúl se quedó mirando hacia ella, apenas llegaba al metro y medio. Fernández, una vez que vio que Raúl se había sentado con sus colegas, los dejó.

—Te lo traigo yo. No te levantes.

Mónica fue a por la bebida de Raúl.

—¿Has visto lo pequeña que es? —Los dedos de salchicha, índice y pulgar, de la mano derecha de Tomás acompañaron la frase haciendo una señal que debía significar «pequeña».

—La llaman MMM, Mónica medio metro. —Luis lo había dicho en voz baja, como si fuese posible que Mónica, que estaba a más de diez metros, pudiera oírlo.

Tomás y Luis se rieron, Raúl no le vio la gracia. Acto seguido sus compañeros siguieron haciendo bromas sobre el tamaño de Mónica, sin que a Raúl se le ocurriese nada que decir, hasta que volvió Mónica.

Raúl quería participar en la conversación y sólo se le ocurrió una cosa.

—Mónica, ¿tienes algún pariente que padezca enanismo?

La pregunta, hecha sin ánimo de agraviar, ofendió profundamente a Mónica y causó la carcajada de Tomás y Luis.

Desde entonces Raúl prefirió no volver a tomarse un café con sus colegas, ni con nadie de la plantilla, antes ni después de la jornada laboral, y reducir sus interacciones sociales al mínimo indispensable para poder ejecutar su trabajo; de este modo, pensó erróneamente, no volvería a hacer un comentario desafortunado. Este pensamiento de si me sale algo mal no lo vuelvo a intentar era muy típico de Raúl. Pero sus colegas interpretaron esa decisión como que a Raúl no le interesaba tener amistad con nadie del hospital. Y si bien es cierto que con esta medida redujo la posibilidad de «meter la pata», redujo también la posibilidad de tener lo que más falta le hacía, amigos, y sentir que formaba parte de algo.

Raúl llegaba siempre temprano para comprobar que todo estuviera en orden, sus objetos personales y la relación de pequeños pacientes que pasarían por la Sala 7, que era donde estaba instalado el aparato de tomografía por resonancia magnética que él manejaba.

Raúl trabajaba en una unidad de radiodiagnóstico. La plantilla estaba conformada por el Jefe de Servicio, tres facultativos especialistas de área, un facultativo químico, una supervisora de enfermería, Montse, que tenía a su cargo a cuatro enfermeras y dos auxiliares de enfermería; cuatro residentes en formación, cuatro técnicos en diagnóstico por imagen, —él, Mónica, Luis y Tomás— un administrativo, y una celadora.

Raúl tenía mucha dificultad para retener las órdenes que le daban y llevarlas a cabo en el orden solicitado. Asimismo, no sabía cómo avisar o llamar a los pacientes. Tener que dirigirse a ellos le generaba mucha tensión.

Mónica, con quien Raúl no había vuelto a hablar desde que hizo el desafortunado comentario referente a su estatura, notó las dificultades de Raúl y comenzó a sospechar que algún problema tenía.

Una mañana, en vez de ir a tomar café, como lo hacía siempre antes de comenzar su turno, fue al servicio de radiología, donde estaba Raúl realizando su rutina, poniendo todo en orden y revisando la lista de pacientes que pasarían por el tomógrafo ese día. Al verla, Raúl la saludó cortésmente.

—Buenos días —e inmediatamente miró el reloj para comprobar qué hora era; le había desconcertado que ella estuviera allí cuando aún faltaban muchos minutos para que comenzara su turno.

—Buenos, días. No mires la hora, vine antes porque quiero hablar contigo. ¿Qué tal te va en el trabajo?

—Me estoy adaptando. ¿Por qué preguntas? ¿Recibiste alguna queja?

—No es eso... no sé cómo decirlo sin ofenderte... Raúl, ¿a ti te pasa algo?

Aunque Mónica, al igual que muchos profesionales que trabajaban en sanidad, no estaba del todo familiarizada con los síntomas del Asperger, no era de extrañar que una persona sensible y observadora como Mónica se diese cuenta de que Raúl manifestaba una conducta especial.

Mónica no era capaz de afirmar que Raúl tuviera algún tipo de trastorno, pero había notado su dificultad para entender las frases de doble sentido, lo mucho que le costaba integrarse y que, cuando le corregían algo que él no había hecho tal y como se lo habían indicado, se enfadaba, pero no manifestaba ese enfado directamente, sino que evitaba el contacto visual a partir de ese momento.

Ante la pregunta de Mónica, Raúl no sabía qué responder; no quería que lo etiquetasen, ni que lo juzgasen por su trastorno. El silencio de Raúl permitió a Mónica suponer que había dado en el clavo.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—No lo sé.

—Cuando lo sepas me avisas —Mónica anotó el número de su móvil en un papel y se lo entregó—. Si hay algo que pueda hacer por ti, no dudes en llamarme.

Al terminar su turno, Raúl había acudido directamente a la Asociación para contarle a Jorge lo acontecido. Después de hablar con él, llamó a Mónica y quedaron en verse.

Habían quedado en la cafetería de una librería. El lugar lo había elegido Raúl; era uno de sus lugares favoritos, necesitaba estar en un lugar en el que se sintiera cómodo. Tener que confesarle a un compañero de trabajo que tenía síndrome de Asperger era un fantasma que lo había acompañado desde el primer día que puso el pie en el hospital.

Cuando Mónica llegó, Raúl llevaba un buen rato esperando y, en cuanto se sentó, Raúl no esperó más.

—Tengo síndrome de Asperger.

Mónica entendió por fin a qué se debían las dificultades de Raúl, y notó lo mal que lo estaba pasando, puso una mano sobre la mano de Raúl que estaba apoyada en la mesa, y Raúl la retiró de inmediato.

—Vale, entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Que tiene que ser muy difícil para ti, aunque no tengo ni idea de cómo te debes de sentir.

—Entonces no lo entiendes.

Tras mirarlo un segundo, Mónica sonrió.

—Exacto. No lo entiendo. ¿Alguien más lo sabe?

—Sí. El doctor Fernández y el Jefe de Servicio. Les he pedido que no lo comenten con nadie, no quiero ser tratado de un modo distinto.

—Es muy valiente por tu parte. Y comprendo que no lo quieras decir, pero posiblemente por el síndrome deberías tener un trato distinto, o por lo menos adaptado a tus... —Mónica no sabía cómo completar la frase, no quería ofender a Raúl.

—A mis dificultades.

—Si, eso, sólo para facilitarte ciertas cosas.

—Para que eso ocurra la plantilla debería recibir una formación, y eso no va a pasar.

—Sí... no lo había pensado. Tiene que haber otra forma de ayudarte.

—Hay una forma.

La Asociación era un lugar acogedor. Raúl, que se sentía como en casa, le hizo a Mónica una visita guiada y le presentó a los profesionales que trabajaban en ella, así como a sus compañeros. Mónica había aceptado acudir para informarse más sobre el síndrome del que habían diagnosticado a Raúl.

Raúl le presentó a Jorge, psicólogo que trabajaba en el programa de inserción socio-laboral y que conducía el taller de habilidades sociales.

Jorge le explicó que cada persona diagnosticada de Asperger era única, por lo que también variaba la

sintomatología en cada una de ellas, aunque existían características que se repetían, algunas de las cuales Mónica ya había identificado en Raúl.

—Hay una serie de síntomas que definen el síndrome y cada persona muestra más o menos afectación en cada uno de esos síntomas. Por ejemplo, para algunas personas es muy difícil reconocer a veces gestos faciales o corporales sutiles que se emplean en la comunicación, mientras que para otras no lo es tanto.

—¿Me puedes dar un ejemplo más concreto?

—Algunas personas son capaces de identificar una sonrisa irónica, mientras que a otras se les pasa por alto su significado, lo mismo ocurre con el modo en el que uno mira cuando está reprimiendo el llanto, o todos esos gestos que hacemos cuando estamos aburridos.

Mientras Jorge hablaba con Mónica, Raúl aprovechaba para charlar con sus compañeros de la Asociación.

—En lo que se refiere a la interpretación de señales no verbales, ¿qué tal lo hace Raúl?

—Depende. Cuanto más conoce a la persona con la que se relaciona mejor lo hace, influye mucho el entorno y la situación en la que se encuentra. A mí por ejemplo, a veces creo que me conoce mejor que mi madre.

Mónica se rio.

—De verdad, es muy buen chico. Es muy receptivo con sus amigos, y sin embargo con alguien que no conoce, o que hace algo que le afecta, puede mostrarse totalmente indiferente. Cuando lo conozcas más te darás cuenta de que hay situaciones en las que le cuesta mucho relacionarse con la gente, es frustrante, sobre todo en situaciones nuevas para él.

—Ya me me había dado cuenta —Dijo recordando el mal comienzo que habían tenido.

—Y también tiene muchas cualidades, le gusta el orden, la limpieza, es muy detallista con su trabajo, le gusta cumplir las normas, y lo más importante, tiene mucha ilusión por trabajar, por dar lo mejor de sí mismo, y eso sí es algo que comparten muchos de nuestros chicos y chicas.

—Pues es una pena que no tengan muchas oportunidades para demostrar su valía —a Mónica la información le estaba pareciendo muy interesante.

—Sí, es una pena, por eso uno de los objetivos de la Asociación es inserción laboral de personas diagnosticadas de Asperger, en trabajos que se ajusten a las capacidades de cada uno. Hay que tener en cuenta que muchos de ellos son capaces de obtener títulos y aprobar oposiciones, es una verdadera lástima que esas personas queden excluidas del mundo laboral por problemas de interacción social.

—Y más aún pudiendo llevar a cabo un trabajo sobresaliente, como Raúl. Yo lo he visto trabajar con

el tomógrafo y en cuanto a su trabajo se refiere nadie puede decirle nada, sus dificultades tienen más que ver con su relación con la gente. Dime una cosa, Jorge, ¿cómo puedo ayudar a Raúl?

—Siendo su compañera mentora.

Lo primero que hizo Mónica fue enseñarle a Raúl cómo era más adecuado llamar y dirigirse a los padres o tutores de los pequeños pacientes. Raúl consiguió superar ese obstáculo cuando se convirtió en una rutina.

A Raúl la relación con los niños le suponía un problema mayor. Raúl no sabía cómo tranquilizarlos para que se estuvieran quietos dentro del tomógrafo, cuando por algún motivo no se les podía sedar. En ese punto nada pudo hacer Mónica. Ella le había dicho que se pusiera en el lugar de los pequeños, lo que no había valido de mucho, porque a Raúl le costaba ponerse en la piel de otra persona, y en ese caso en particular tampoco le hacía falta, él entendía lo que estaba pasando, el problema radicaba en que no sabía cómo hacer para que los niños se tranquilizaran. A Mónica se le ocurrió que fuera la enfermera la que apoyase a Raúl, encargándose ella de tratar directamente con los niños. Con la ayuda del Jefe de Servicio, consiguieron que Raúl trabajase siempre con la misma enfermera, Sonia, y fuera ella la que

hablase con los pacientes, logrando de este modo facilitar el trabajo de Raúl.

A Mónica, al igual que al doctor Fernández, Raúl les había llamado la atención por lo voluntarioso que era; a simple vista no parecía que tuviera trastorno alguno, pero tras conocerlo un poco más, pronto saltaban a la vista ciertas peculiaridades. Raúl se esforzaba por agradar y daba las gracias o pedía disculpas casi por todo. Esta conducta les gustaba a todos, sobre todo a las enfermeras, que se habían emocionado al constatar que el técnico nuevo era un chico «monillo», alto, moreno, delgado pero no flaco, con una boca bonita y un hoyuelo en el mentón; un chico muy educado, que de una manera curiosa despertaba en ellas el instinto maternal, un deseo de protegerlo; en todas menos en Mercedes, la más joven de las enfermeras, que lo miraba con otros ojos y que incluso llegó a pensar que el nuevo le estaba tirando los trastos con timidez, porque no solía mirarla a la cara. Mercedes conocía las rutinas de Raúl y sabía que siempre después de comer daba una vuelta por el exterior del hospital para despejarse. Así que un día lo esperó en una esquina.

—Hola, Raúl.

En cuanto la vio, Raúl bajó la mirada y paso cerca de ella, esquivándola a la vez que la saludaba.

—Buenos días.

—¡Espera!, ¿tienes prisa? —Mercedes se acercó a Raúl, que al ver que venía hacia él hizo un esfuerzo y la miró a los ojos.

—No.

—Entonces, quédate un poco. Hablemos.

—¿De qué quieres hablar?

—De ti. ¿Por qué te cuesta tanto mirarme a la cara? Me han dicho que soy muy guapa.

—No es eso.

—¿No te parece que sea guapa?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué casi nunca me miras cuando me hablas?

Raúl no quería tener esa conversación; le habría gustado inventar alguna excusa y alejarse, pero en ese momento era incapaz de hacer tal cosa.

—Te vas a enfadar.

—¿Por qué me voy a enfadar?

—Porque las chicas siempre os enfadáis cuando respondo una pregunta como esa.

—No me voy a enfadar, anda dime.

Raúl sabía que en una situación como esa, lo mejor era mentir, pero mentir no solucionaría su problema, porque él seguiría evitando mirarla a la cara. Así que no le quedó más remedio que decir la verdad.

—El color naranja zanahoria de tu pelo me da dolor de cabeza, nadie debería llevar el pelo teñido de ese color.

A partir de ese momento, y por una tontería como esa, Raúl había pasado de ser un chico «monillo» a un ser un «grosero». Mónica había intentado mediar entre ellos, pero ya era demasiado tarde. El orgullo herido de Mercedes le había puesto la cruz a Raúl, y aunque no hizo nada en su contra, ese y muchos otros comentarios desafortunados, así como la falta de interés de Raúl por compartir los tiempos de descanso con sus compañeros, hicieron que entre Raúl y el resto de la plantilla no se llegase a establecer una relación de amistad.

Casi dos años después, todos se habían acostumbrado a Raúl y a sus peculiaridades, lo definían como un compañero un poco raro, con el que se podía trabajar bien, y a quien casi no conocían. Tomás, el técnico de dedos regordetes, lo describía como un tío con su propio sentido del humor, pues raramente entendía las bromas del resto de la plantilla. Luis consideraba a Raúl el más formal de los compañeros, ya que cumplir las normas era para él algo sagrado. Montse, la supervisora de enfermería, destacaba que si había alguien en quien se podía confiar, ese era

Raúl. Cuando se le encomendaba alguna información que debía guardar en secreto, callaba como una tumba.

Otra cualidad que nadie le negaba era su buena disposición para ayudar a todo el que se lo pidiese, pero había que pedírselo porque nunca se daba cuenta de cuándo alguien necesitaba su ayuda, porque no lo intuía..

Y lo más importante, su excesivo rigor al hacer su trabajo, muchas veces criticado, pero que, por otro lado, hacía que nadie dudase en elegirlo para encomendarle la resonancia de un ser querido.

Por eso, Mónica había puesto el cuerpo de su madre en las manos de Raúl. En una exploración rutinaria le habían detectado un bulto en un pecho. El que la hermana de su madre padeciera cáncer la convertía en paciente de riesgo, así que debían de someterla a una resonancia magnética, que efectuó Raúl. El resultado de la resonancia confirmó lo que todos temían. Mónica pidió una excedencia para apoyar a su madre durante el tratamiento de su enfermedad y Raúl se quedó sin su compañera mentora.

TRES



Los cambios nos aterran

SI ALGUIEN HABÍA SENTIDO LA AUSENCIA DE MÓNICA, ese era Raúl. Raúl tenía a sus amigos de la Asociación, con los que quedaba para pasear y jugar a la videoconsola, y a Lola, aunque con ella era más difícil quedar, por sus problemas para organizarse. Aún así, nunca perdían el contacto.

Con Mónica podía hablar a la hora de la comida, o de la cena, según el turno en el que les tocase trabajar, de temas que le interesaban a él. Además de los dinosaurios, a Raúl le apasionaba todo lo relacionado con la tomografía, «que es el procesamiento de imágenes por secciones utilizando el tomógrafo», le gustaba aclarar. Tanto Raúl como Mónica obtenían imágenes por resonancia magnética y, aunque a Mónica el tema no le apasionaba tanto como a Raúl,

le gustaba que este la pusiera al tanto de los avances técnico-científicos de su profesión.

El día de la fatídica exposición de los dinosaurios, Raúl había ido directo del colegio al hospital.

Ese día el doctor Fernández lo había encontrado cabizbajo frente a su taquilla, y se paró a hablar con él. El doctor había intentado levantarle la moral a Raúl con un par de palmaditas en la espalda, sobre todo porque sabía que ese día su técnico en diagnóstico por imagen recibiría una noticia muy mala.

El doctor Fernández, que no tenía hijos pero que llevaba años tratando niños en el hospital, lo tenía claro. A los niños les gustaban las figuras monstruosas. Jugar con dinosaurios era una cosa, pero querer saber qué eran, dónde y cuándo habían vivido, cuánto pesaban o medían, era otra totalmente distinta.

Ese día, el Jefe del Servicio reunió a todos en la sala de juntas y les comunicó que se realizaría una reestructuración en los turnos del servicio para poder cubrir la ausencia de Mónica y el traslado de Sonia. Debido a los recortes no se contrataría personal que las supiera, así que todos tendrían que poner de su parte para seguir ofreciendo una atención de calidad a los pacientes.

La noticia no le había gustado a nadie, pero al único que cogió por sorpresa fue a Raúl. Los compañeros

suponían que tarde o temprano les darían esa noticia, aun antes de que Mónica solicitase la excedencia. Los rumores se oían por los pasillos. Los recortes en sanidad eran un tema recurrente entre la gente que trabajaba en el hospital, pero Raúl, que conversaba con sus compañeros lo mínimo indispensable, no había sospechado que dichos recortes afectarían pronto a su hospital. Raúl solía preocuparse más que los demás, y siempre exagerando en sentido negativo. .

Esa noche durante la cena, Raúl había pagado su mal humor con sus padres. Raúl criticó el pescado a la plancha con patatas cocidas que le había preparado Pilar, su madre, y se enfadó porque la ensalada no llevaba sal.

—¡Es papá quien sufre de tensión alta! ¿Por qué todos debemos comer sin sal?

—Si quieres sal sírvete una ración de ensalada y ponle sal

—Pilar quiso cortar por lo sano; sabía que cuando su hijo se ponía así, le daba igual el motivo que fuese, toda excusa era buena para enfrentarse a ellos.

—¡Estoy harto de comer siempre desabrido!

—Ya está bien, Raúl. Dinos qué te pasa.

—Francisco hizo acopio de paciencia.

Raúl enterró la mirada en su plato.

—No me pasa nada.

—¿Qué te pasó en el colegio de Lucas? Cuando te recogí ya estabas de mal humor.

Raúl ya ni se acordaba de que ese día había hecho el papelón en la clase del hijo de Lola, al gritarle a una niña por coger uno de sus dinosaurios sin permiso.

—Papá, ¿bajaste los dinosaurios del coche?

—No hijo, lo olvidé.

El olvido de su padre lo enfadó aún más. Los cinco dinosaurios más peligrosos de todos los tiempos estaban metidos en el maletero del coche de Francisco. Raúl se levantó de la mesa en medio de la cena y bajó al garaje para sacarlos. Tenía que ponerlos en el lugar que ocupaban en su habitación.

Francisco dio un golpe en la mesa. Momentos como ese lo mortificaban profundamente, no podía castigar a su hijo porque ya no era un niño. Sabía que era así como Raúl canalizaba su ira ante una situación que le enfadaba.

Pilar, amorosa, pero no menos preocupada, rodeo a su marido con sus brazos, y le dio un suave beso en la cabeza cana de profundas entradas. Sabía que más que enfado lo que sentía Francisco era miedo. Miedo porque su hijo de treinta y un años, en algunos aspectos de su vida seguía siendo un niño que no se sabía enfrentar a la vida.

—No fue buena idea dejar que fuera al colegio de Lucas. ¿Qué le habrán dicho esos niños? —Para Francisco el paso de Raúl por la escuela había sido

la más dura de las experiencias que le había tocado vivir. Atormentado por los recuerdos, que el tiempo no había curado, se dejó querer por Pilar.

—Hay que esperar que se le pase el enfado y hablemos con él.

Hablar, era lo único que podían hacer: esperar y hablar. El timbre de la puerta los separó, supusieron que sería Raúl que se habría olvidado las llaves del coche. Fueron a abrir la puerta, pero no era él quien llamaba.

Raúl había sacado sus dinosaurios del maletero, sin duda ese había sido el peor de sus días desde hacía mucho tiempo. Los cambios no le gustaban, sabía que adaptarse a los nuevos horarios y tener que trabajar con otra enfermera y otro facultativo le iba a costar mucho. Lo que había ocurrido era para él como si un meteorito hubiese caído en la Tierra, amenazando la vida tal y como él la conocía.

Subió a pie desde el garaje, rodeando con sus brazos a sus dinosaurios y sintiéndose identificado con esos gigantes, que miles de años atrás no habían sido capaces de adaptarse a las nuevas condiciones del Planeta.

Ya más sereno, dio los últimos pasos hasta llegar a la tercera planta. Era consciente de lo mal que había hecho sentirse a sus padres. Hundido y pesaroso

atravesó el pasillo dispuesto a disculparse con ellos, cuando vio a Lola salir enfadada por la puerta de su casa. Había ido a preguntar qué había pasado en el colegio de Lucas. Su maestra le había mandado a Lola una citación para que asistiese al día siguiente.

—Pero, ¿no pone cuál es el motivo de la citación? —preguntó Raúl.

—No, no pone nada.

—¿Y no se lo puedes preguntar a Lucas?

—Cómo se nota que no conoces a mi hijo. Cuando cierra la boca no le arrancas una palabra ni con una tenaza.

Frases como esa impactaban a Raúl, porque tendía a interpretarlas literalmente, pero pronto se tranquilizaba. Hacíamuch tiempo que había aprendido que eran metáforas.

Raúl no sabía qué había podido suceder en el colegio. Cuando él se había marchado, Lucas estaba igual que siempre.

—No sé nada. No te puedo ayudar.

—Hijos criados, trabajos doblados. —Lola suspiró profundamente y esperó, en vano, que alguna frase de consuelo saliera de los labios de Raúl. Miró aquellos labios bien formados, que una vez le habían dado un beso en la boca, beso que al parecer se le habría borrado de la memoria a Raúl, porque jamás le había dicho nada al respecto.

—No hace falta que me acompañes, conozco el camino —dijo con ironía, que Raúl no entendió, y subió por las escaleras, Lola ya no quería seguir esperando.

Raúl entró a su casa y dijo que lo sentía, entonces cuatro brazos lo rodearon para darle un abrazo tranquilizador, que no logró su cometido. Raúl se metió en la cama, sin poder quitarse de la cabeza aquello que tendría que afrontar a partir del día siguiente. Comprobó que el despertador estuviese puesto a la hora de siempre, se persignó por hábito más que por fe, pues nunca había podido creer en Dios. La «cuestión de fe» era un sinsentido para Raúl. Y antes de quedarse dormido pensó que le gustaría despertar muchos meses después, cuando ya se hubiese vuelto a adaptar a todo.

CUATRO



La vecina de la quinta planta

LOLA, LA VECINA DE RAÚL, no era guapa pero sí agradada y sabía sacar provecho de sus atributos. Tenía una larga y abundante melena negra que cuidaba con esmero y siempre olía a champú de flores. Era ese olor el que había captado la atención de Raúl, hacía ya seis años, un día que había ido a hacer la compra, y que atiborrado de bolsas, se había visto obligado a hacer algo que rara vez hacía, subir por el ascensor.

El ascensor venía de la quinta planta, dos pisos más arriba de donde vivían Raúl y sus padres.

Cuando se abrieron sus puertas, Raúl pudo ver por primera vez a la curvilínea mujer de vestir apretado, que tiraba de la mano de un pequeño de cuatro años, pero no reparó en ella, ni en su caminar sinuoso, ni en sus enormes ojos negros. Lo que le llamó

poderosamente la atención fue el olor a flores que había dejado flotando en el ascensor.

Pocos días después, el timbre de la puerta lo distrajo de sus estudios y otra vez se vio frente a la mujer de olor a flores.

—Hola, soy Lola, ¿está tu madre?

—No está.

—¿Y tarda mucho?

—Cuarenta y cinco minutos si no se encuentra con nadie.

Lola, angustiada, miró su reloj y supo que no podía esperarla.

—¿Puedes llamarla? —dijo muerta de la vergüenza.

—Sí puedo.

A Lola le había sorprendido la facilidad con la que Raúl había aceptado llamarla.

—Puedes decirle que soy la vecina nueva, Lola. El otro día se ofreció a quedarse con el niño si me salía algún trabajillo extra.

Sólo en ese momento Raúl se dio cuenta de que, al igual que la primera vez que la había visto, Lola llevaba de la mano a un niño, que vestía chándal y tenía el pelo tan rebelde que parecía que no había peine en el mundo capaz de poner orden en esa cabeza.

—Pasad.

Lola y su hijo entraron en casa de Raúl y sus padres. Era un piso muy luminoso, impecablemente limpio y casi sin adornos; todo lo que estaba ahí tenía

una función. Lola echó de menos un jarrón con flores, un cuadro con un bonito paisaje, platos decorativos, velas, muñequitos de porcelana; no había nada de esas cosas que tanto le gustaban a su madre y con la que había atiborrado su casa en Sevilla. En cambio, había una estantería repleta de libros, lo que la hizo torcer la nariz, ya que a ella no le gustaba leer. Raúl fue a coger el teléfono, vestía como siempre: pantalones vaqueros, camiseta negra de manga larga y zapatillas de deporte. Lola le miró de pies a cabeza, Raúl le resultaba atractivo.

—¿Cuántos años tienes? —A Lola la venció la curiosidad.

—Veinticinco —respondió Raúl mientras marcaba el teléfono.

—Tenemos la misma edad.

Raúl la miró de pies a cabeza, tal y como ella lo había hecho antes.

—Pareces mayor.

El comentario, que habría herido la susceptibilidad de cualquier mujer que, como Lola, se esmeraba en su apariencia, a Lola le hizo reír a carcajadas. Raúl miró a Lucas, en búsqueda de alguna explicación para tal reacción y, en respuesta, el niño giró un dedo sobre su sien, diciendo con los labios, sin emitir sonido, «está loca».

—Raúl, ¿qué ha pasado? —Se oyó la voz de Pilar al otro lado de la línea. Siempre que salía a caminar

llevaba el móvil en el bolsillo, en modo vibración, por si alguien la llamaba, porque con el tráfico era imposible escuchar timbre alguno.

—Mamá. Aquí está la vecina, Lola... sí, te paso con ella. —Le pasó el teléfono.

—Pilar, mujer, me ha salido un trabajo extra para esta noche, no tengo quien se quede con el niño, ¿podrás tú? Me han dicho que es de ocho a doce, pero seguro que será hasta la una. Lo dejas dormir en el sofá y ya lo recojo yo mañana temprano... ¿Cómo? Deja que se lo pregunte. —Lola miró a Raúl, con una súplica escrita en la mirada, que pasó totalmente desapercibida ante los ojos de su nuevo vecino. —Tu madre pregunta si me esperas despierto para ayudarme a subir al niño. Dice que te quedas leyendo hasta tarde.

—Si, me quedaré.

Así había comenzado la amistad entre Raúl y Lola.

Lola era sevillana, pero iba a donde hiciera falta con tal de conseguir trabajo. Lucas había nacido en Barcelona, donde Lola trabajaba de camarera. Allí se había casado con el padre de Lucas, pero al poco tiempo de tener al niño, había dejado a su marido.

Antes de quedarse embarazada a Lola le gustaba mucho la fiesta, y las copas, pero desde que supo que llevaba a Lucas en el vientre, cambió de vida.

Lola había conmovido a Pilar, cuando le había contado su vida, en el trayecto del bus que las llevaba desde la puerta de su edificio hasta el Centro de Salud. A Pilar, el nacimiento de Raúl también le había cambiado la vida, pero de otra forma.

Lola había llegado a Madrid para trabajar en un taller de plancha. Quería un trabajo que le dejara las tardes libres para estar con su Lucas, pero también quería hacer extras de camarera para darse algún capricho.

Esa madrugada, cuando Lola fue a recoger a Lucas, Raúl lo subió en brazos, andando hasta el quinto piso.

—¿No quieres subir por el ascensor?

—No me gustan los ascensores.

Lola, que tenía los pies reventados de ir de aquí para allá, con la bandeja, acarreando platos, vasos y más platos, subió estoicamente los dos pisos, agradecida a ese nuevo vecino por no tener que dejar a su niño pasando la noche en un sofá.

—¿Qué tal se portó Lucas?

—Mal, no quería comer la sopa de verduras que nos hizo mi madre, pero al final acabó comiéndola toda.

—¿Cómo hicisteis?, conmigo nunca come sopa de verduras.

—Mi padre le dijo que si se comía toda la sopa, lo dejaba jugar un rato con mi colección de dinosaurios

antes de ir a dormir. Era lo que me decía a mí de niño y siempre funcionaba.

—¿Coleccionas dinosaurios?

—Sí, me gustan mucho, hazme cualquier pregunta, lo sé todo sobre ellos.

—¿Cuál es el más guapo?

Lola lo había dicho en broma, pero Raúl lo entendió literalmente.

—No existe ninguna clasificación basada en la belleza. Pregunta otra cosa.

A Lola le pareció un poco extraña la respuesta de Raúl.

—Entonces, ¿cuál es el que más te gusta?

—El Diplodocus, igual que a tu hijo.

—No sabía que a mi hijo le gustaban los dinosaurios.

—Ahora le gustan.

Lola abrió la puerta y entraron en su piso.

—Perdón por el desorden.

El piso de Lola estaba pobremente amueblado, aún no se había terminado de mudar. Había cajas, un sofá viejo tapizado de color verde, y una mesa con un par de sillas.

—Lo voy amueblando poco a poco. Ven por aquí.

Se dirigieron al cuarto de Lucas que, a diferencia del pequeño salón, estaba decorado con esmero. Un edredón de Rayo McQueen cubría la cama de 90x180, Lola encendió la lamparita con forma de coche, que

estaba en la mesita junto a la cama. Había una estantería con más coches y un baúl con dibujos de animales de la selva; encima de él había un balón de fútbol pinchado.

—Jamás le compré un dinosaurio; siempre pide coches o balones de fútbol.

Lola abrió la cama de Lucas. Raúl acostó al niño en la cama, con cuidado. Lola lo tapó y le dio un besito en la frente.

—¿Se lavó los dientes?

—Dos veces, después de cenar y antes de ir a dormir al sofá.

—Le gusta lavarse los dientes; debe ser el único niño al que le gusta.

—A mí también me gusta. Quiero decir que de niño también me gustaba lavarme los dientes.

—¡Hala!, pues ya tenéis algo en común.

Lola salió de la habitación seguida por Raúl quien, desde donde estaba, aproximadamente a medio metro por detrás de su vecina, pudo percibir el fuerte olor a comida que ella traía encima, y también pudo sentir, debajo de ese abrumador olor, el suave aroma a flores que continuaba intacto, prendido en su larga melena suelta que casi rozaba sus caderas redondas.

CINCO



El chico al que le gustaba ver cómo despegan los aviones

ANTONIO TENÍA SEIS AÑOS cuando acompañó a su familia a conocer al nuevo hijo varón que había tenido su tía.

Pepe, mecánico de un taller de coches, no tenía coche propio. «En casa de herrero, cuchillo de palo», solía repetir resignada Josefa, su mujer, cada vez que cogía los abrigos de sus hijos, Antonio e Isa, para iniciar el largo trayecto hasta la casa de su hermana en Paracuellos.

Cada vez que se subían a un autobús, Antonio se sentaba sobre las piernas de su madre y se quedaba callado, mirando por la ventanilla, como si estuviera viendo una película. Josefa aprovechaba que su niño no podía, ni quería, escapar para darle besos en la nuca, besos que Antonio parecía no sentir.

«Mira a ese niño, que tranquilo va. ¿Por qué no podéis ser como él?». Era habitual oír en el autobús el comentario de algún padre que, desesperado ante la inquietud de sus hijos, recurría a esa comparación. Pero Pepe y Josefa callaban, no se sentían orgullosos de que su hijo fuese continuamente puesto como ejemplo. Ambos temían que, tras la aparente tranquilidad de su niño, estuviera ocurriendo algo que escapaba al entendimiento de ambos. Temor del que no hablaban nunca, pero que compartían día tras día.

Además del recién nacido, la hermana de Josefa tenía otros dos hijos varones de las edades de Antonio e Isa. Como era de esperar, el recién nacido llamaba mucho la atención de los niños, los que, como si de un juguete se tratase, peleaban para cogerlo en brazos. El único al que el bebé le resultaba indiferente era a Antonio, que se había quedado mirando la calle por la ventana; le gustaba ver pasar los coches.

El cuñado de Josefa, un poco cansado de tanto revuelo, mandó a los niños a jugar fuera. Antes de que los niños salieran, Josefa le dijo a Isa aquello que siempre le repetía cuando sus hijos salían por la puerta, «Isa, cuida de Antonio».

Los cuatro niños se habían puesto a jugar al escondite. Era el turno de Isa. Isa, con la frente apoyada contra un muro y con los ojos cerrados, se puso a contar. Antonio siempre se escondía en el mismo lugar,

y cada vez que lo encontraban, agazapado detrás del mismo árbol, se enfadaba y se ponía a gritar. Jugar con Antonio no era divertido, por lo que Isa y sus primos decidieron no buscarlo más.

Antonio llevaba tiempo escondido cuando se percató de un extraño ruido, que no escuchaba donde ellos vivían. El ruido se repetía cada cierto tiempo, y captó profundamente su atención. Antonio dejó su escondite y se alejó andando, en busca del origen de aquel ruido.

Cuando Isa y sus primos se cansaron de jugar, fueron a buscar a Antonio, pero él ya no estaba detrás del árbol, ni en ningún otro lugar.

Isa les tuvo que decir a sus padres que Antonio se había perdido. Josefa, en un ataque de pánico, le había dado una bofetada por no cuidar de su hermano. Pepe y el cuñado de Josefa salieron corriendo a buscar a Antonio, cada uno por su lado.

Con el corazón en un puño, aterrado por la idea de que el niño se subiera a un autobús o a un coche que lo alejase para siempre de los suyos, Pepe había peinado toda la zona buscando a Antonio. Su hijo era tan inocente, tan indefenso... En ese momento, Pepe se alegró de que su mujer le hubiera cosido a Antonio su nombre y apellido en todas sus prendas, porque si alguien encontraba al niño perdido, éste no respondería a ninguna pregunta. Antonio no hablaba con desconocidos.

Pepe se rebanaba los sesos pensando dónde podría estar, hacia dónde habría ido, estaba resignado a llamar a la policía cuando lo sintió, era aquel ruido fuerte del que tanto se quejaba su cuñada, y muchos vecinos de Paracuellos; el tipo de ruidos que atraía a su hijo.

Pepe se puso a correr y, por fin, después de dos horas de angustiosa búsqueda, el alma le volvió al cuerpo. Antonio estaba inmóvil, con la mirada fija en los aviones que, a lo lejos, tomaban carrera a toda velocidad, hasta que las ruedas dejaban de tocar tierra para emprender el vuelo, provocando en Antonio un estallido de emoción nada habitual en él. Era tan raro ver a Antonio contento que Pepe no lo castigó, sólo lo abrazó.

A partir de ese día, todos los domingos repetía el trayecto con su hijo, desde su piso en Carabanchel hasta el mirador en Paracuellos, sólo para verlo reír.

A Antonio, aprender a hablar le había costado mucho más tiempo de lo normal. Y cuando al fin lo había conseguido, hablaba tan poco que había gente que pensaba que era mudo. El psicólogo del colegio le había diagnosticado un trastorno del lenguaje, pero al llegar a la adolescencia no había quien lo callara.

Con el tiempo, Antonio había pasado de ser un niño tímido a un chico abierto aunque «mete-patas» y un tanto rígido en su forma de pensar y de actuar.

Cuando caminaba con alguien iba siempre por delante o por detrás, porque le costaba mucho acompañar su ritmo al de otra persona. Siempre había sido un poco gordito, y entre eso y su falta de coordinación, era blanco fácil de burlas. Burlas que, por otro lado, habían hecho de él un chico desconfiado, aunque no asocial.

A Antonio le gustaba tener amigos; el problema radicaba en que sus acercamientos solían ser inadecuados socialmente. Cuando se ponía a hablar de un tema que le interesaba, hablaba y hablaba sin darle oportunidad a nadie de intervenir o de cambiar de tema. Tampoco se daba cuenta de que muchas veces se hacía pesado, porque convertía las cosas en «buenas» o «malas», sin término medio. Era su manera de entender lo que pasaba, por lo que argumentar con él para que viese otras posibilidades resultaba prácticamente imposible. También tenía dificultad para entender las bromas entre compañeros, y tendía a interpretarlas como ataques. Con ese panorama le resultaba difícil no sólo hacer amigos, sino también mantenerlos.

Conforme Antonio fue creciendo, Pepe dejó de acompañarle a ver cómo despegaban los aviones. Antonio comenzó a ir solo y, rara vez, con alguno de sus primos, pero nadie lo disfrutaba tanto como él. Incluso llegó a conocer gente en el mirador que repetía la rutina cada domingo, los mismos que pasada

una temporada dejaban de aparecer. Y aunque a sus veinticinco años, ya nadie lo acompañaba, ni daba gritos de alegría cuando los aviones levantaban el vuelo, en su mirador era feliz.

«¿Por qué te gusta tanto ir a ver despegar aviones?» Era la pregunta que tantas veces le habían hecho sus padres, hermana, amigos y psicólogos.

Durante su infancia, los psicólogos infantiles que lo trataron, habían interpretado la explicación de Antonio de diversas maneras, desde una forma de evasión de su propia realidad, de querer ser algo que no era, hasta un deseo sexual reprimido. Opiniones que, a ojos de Pepe, eran pamplinas, no tenía nada de raro que a su hijo le gustasen los aviones. Lo que sí le preocupaba eran otras cosas, como el que se burlasen constantemente de Antonio en el colegio, le pegaran o le robasen la comida. Pero estaba convencido de que su hijo sólo era un poco «pardillo» y que ya espabilaría con el tiempo.

Sin embargo, Antonio crecía, seguía sin espabilar y, por el contrario de lo que esperaba Pepe, sus diferencias con los otros chicos se hacían más notorias. Josefa, ante la postura cerrada de su marido, y también porque en cierto modo quería creer que su niño no tenía dificultades, lo sobreprotegía y culpaba a los compañeros y maestros de Antonio de todos sus males. Isa era la única que parecía querer saber qué le ocurría a su hermano.

El día que su madre le había dado una bofetada por no cuidar de Antonio, Isa no había parado de llorar, no por el golpe ni por el reproche de su madre; lloraba porque muchas veces había deseado que su hermano desapareciese. Isa no sentía que tuviese un hermano, Antonio nunca jugaba con ella, ni le daba un abrazo o un beso, como sí hacían algunos de los hermanos menores de sus amigas. Isa sentía que Antonio no la quería y, lo que era peor, acaparaba todo el cariño y atención de sus padres.

Por fin, cuando Antonio cumplió los quince años le diagnosticaron síndrome de Asperger. Diagnóstico que a Pepe le pareció una tontería, por lo que se opuso a que su hijo recibiera terapia. Pero a Antonio el diagnóstico le había alegrado la vida. Antonio siempre se había sentido diferente; es cierto que a esa edad todos los adolescentes se sienten diferentes, pero su sentimiento era muy fuerte, y cuando le explicaron las características de su trastorno, todo encajó en su cabeza, y se sintió aliviado porque se dio cuenta de que en muchas ocasiones había sido tratado con excesiva dureza.

«¡Presta más atención a lo que haces!», pero a veces no le interesaba en absoluto lo que trataban de enseñarle. «¡Ya está otra vez con lo mismo! Habla de otra cosa hombre, pareces un disco rayado» era lo que le decían cuando intentaba participar de una conversación. «Esfuérzate más, ¿qué pasa contigo,

eres un inútil?, pareces tonto» tal vez esa era la frase que más le dolía, en la escuela le decían cosas peores, pero en casa, el enfado y decepción de su padre, era lo más duro de llevar. «No papá, no soy tonto, no soy un inútil», no le había hecho falta decirlo, saberlo le bastaba.

A pesar de la negativa de Pepe a aceptar que su hijo necesitaba ayuda, tal vez por no admitir que había sido injusto todos esos años con su hijo, Antonio insistió en buscar ayuda y, con el apoyo de su madre y de su hermana, convencieron a su padre de que Antonio fuese tratado en la Seguridad Social.

En los estudios con la ayuda adecuada y con su propio esfuerzo, Antonio había conseguido sacar un título oficial de FP, un Grado Medio de Gestión Administrativa; sin embargo, en los trabajos, sólo conseguía de reponedor y como mozo de almacén. Trabajos en los que había sido explotado y mal pagado. Si algo sabían los padres de Antonio era que en ese momento el trabajo escaseaba para todos. Pepe, con casi sesenta años, ya no era el mismo de antes; temía por el futuro de sus hijos, sobre todo por el de Antonio. Isa, que siempre andaba buscando información que pudiera ayudar a su hermano, descubrió que había una asociación que trabajaba con personas con Asperger y que tenían un programa de

inserción laboral mediante el cual podían ayudar a Antonio a buscar un trabajo acorde a sus capacidades y limitaciones y, lo más importante, también podían contribuir al mantenimiento del trabajo.

Antonio acudió a la Asociación con su madre y su hermana, y a partir de ese día había vuelto dos veces por semana, el programa de inserción laboral todas las semanas, hasta que consiguió trabajo en la biblioteca del INAP (Instituto Nacional de Administración Pública), ejerciendo labores de catalogación.

SEIS



El taller de habilidades sociales

—¿POR QUÉ TE GUSTA VER CÓMO DESPEGAN LOS AVIONES?

—Una vez más, la misma pregunta de siempre, pero ahora se la hacía Jorge, el psicólogo que daba el taller de habilidades sociales.

—Me gusta porque parecen autobuses que van a seguir su trayecto y, de repente, salen volando.

Esa era la sensación que le había quedado tras ver despegar el primer avión de su vida, sensación que se repetía cada vez que las ruedas de la nave dejaban de tocar el asfalto. Algo sorprendente que con sus seis años no había sido capaz de entender, y que a diferencia de otras cosas que tampoco entendía y que lo agobiaban, ver cómo algo tan grande se elevaba y se perdía en el horizonte lo hacía feliz.

Por primera vez, nadie había hecho una interpretación de su respuesta, y eso le había ayudado a hablar con mayor libertad.

—¿Hay alguien más que tenga una afición como la de Antonio? —preguntó Jorge.

Antonio les había contado que todos los domingos iba a ver cómo despegaban los aviones desde su mirador. También les había dicho que le interesaba mucho el tema de la aviación y que cuando quisieran podía explicarles cómo funcionaba un avión. No se lo había explicado ahí mismo porque estaba aprendiendo a no centralizar las conversaciones en los temas que él dominaba.

—Vamos, no seáis tímidos. No me creo que nadie más tenga una afición.

Nadie se había animado a levantar la mano. En el grupo se encontraba Raúl, que estaba dispuesto a levantar la mano si nadie más lo hacía, aunque después de la decepción que se había llevado en el colegio de Lucas, poco le apetecía volver a hablar de su colección de dinosaurios.

Raúl había perdido el control de su día a día. Sonia, la enfermera que había trabajado con él desde que se había incorporado al servicio de radiología, había sido trasladada a otro hospital. Tampoco trabajaba ya con el doctor Fernández, y su compañera Mónica seguía en excedencia a causa de la enfermedad de su madre. Raúl se estaba adaptando a los nuevos horarios,

a trabajar no siempre con la misma enfermera y a un nuevo facultativo especialista de área. Y si bien era cierto que ya tenía experiencia en el trabajo, y que había adquirido ciertas habilidades sociales, el hecho que todo se diese de forma imprevista, estaba haciendo muy difícil su adaptación. Por eso, asistir al taller, y estar con chicos con problemas parecidos a los suyos, le ayudaba a liberar estrés.

Jorge seguía esperando. Había pasado más de un minuto sin que nadie se animara a decir nada; así que Raúl se decidió a levantar la mano, pero una voz dulce, que se asemejaba mucho a la de una niña, lo contuvo. La voz salía de una chica de pelo castaño, corto, rostro dulce y sin maquillaje que estaba sentada frente a él.

—A mí me gusta reciclar, me apunto a todo lo que tenga que ver con la conservación del medio ambiente. —Gloria no solía intervenir a no ser que se le preguntase algo directamente, pero se había animado a hacerlo para acabar con la espera, sabía lo mucho que les costaba en este grupo tomar la palabra por iniciativa propia.

—Chicos, os presento a Gloria. —Gloria había sido la primera persona con síndrome de Asperger a la que Jorge había guiado en la Administración pública. Su función como preparador laboral consistía en mediar entre la empresa y el trabajador para conseguir la inserción laboral de personas con síndrome

de Asperger. Gloria llevaba tres años trabajando en el mismo puesto sin ningún problema que mereciera la intervención de un mediador, y ya no asistía a los talleres como antes, a pesar de que acudía habitualmente a la Asociación para tratar otros muchos aspectos. Pero un incidente con sus compañeros de trabajo había provocado que Gloria volviese al taller.

—Gloria, háganos un poco de ti.

—Tengo treinta y tres años, soy Licenciada en Biblioteconomía y Documentación y desde hace tres años trabajo en la biblioteca de la Universidad Rey Juan Carlos.

—¡Yo también! —había dicho Antonio, muy fuerte.

—¡Ah!, pues nunca te había visto.

—Trabajo en una biblioteca, pero en la del INAP—. Gloria se dio cuenta del malentendido.

—Antonio... —Jorge le hizo un gesto para que guardara silencio y Antonio hizo como si se cerrara los labios con una cremallera.

—Muy bien, Antonio. Gloria, cuéntanos, qué haces en tu trabajo.

—Analizo los patrones de búsquedas de los usuarios, y las weblogs de los catálogos para sugerir nuevas adquisiciones. Preparo informes y encuestas para implementar mejor la biblioteca—.

—¿Tienes Asperger o vienes acompañando a alguien? —había preguntado Raúl, arropado por la confianza que le producía estar en la Asociación—.

Gloria era la única chica que participaba en el taller de habilidades sociales. Ella sabía que las estadísticas decían que el Asperger era un síndrome que afectaba a más hombres que a mujeres, pero no había encontrado un consenso en cuanto a la cifra; se hablaba de una mujer por cada tres o cuatro hombres, pero también había encontrado artículos en los que la diferencia era aún mayor, una chica por cada ocho chicos aproximadamente. Pero aparte de la estadística, lo que a Gloria le interesaba saber era qué había de cierto en las nuevas voces que últimamente discrepaban de esas cifras.

El Dr. Tony Attwood, considerado uno de los mayores especialistas de Asperger en el mundo, proponía que la incidencia en mujeres era mayor que la que estaba reflejada en las estadísticas. Consideraba que la estadística era inexacta, porque los síntomas en una chica son menos visibles que en un chico, y que dicha inexactitud se debía a que las chicas son más sociables que los chicos. Por lo tanto hay menos mujeres diagnosticadas de las que realmente debiera haber. Pero Gloria no lo tenía claro.

—Últimamente, hay mucha gente que afirma ser aspie...— .

Tres chicos que estaban participando en el taller levantaron la mano al mismo tiempo, Antonio entre ellos. Jorge le dio la palabra a uno.

—¿Qué es aspie?

—¿A parte de Gloria, hay alguien más que conozca el significado de esa palabra?

Sólo Raúl levantó la mano.

—Es un término que usan algunos chicos y chicas que han sido diagnosticados de Asperger para llamarse entre ellos, no es un término muy generalizado. —Explicó Jorge.

—¡No me gusta! ¡Es feo! — Otra vez, Antonio había elevado la voz.

—No grites, Antonio. —Le dijo Raúl.

—No tiene por qué gustarte, Antonio, si no quieres no lo uses, pero si a Gloria le gusta, está libre de usarlo. —Jorge, había hablado de un modo más pausado y bajo que lo habitual, era como lo hacía cuando alguien elevaba la voz.

—Gloria, puedes continuar, ibas a decir algo.

—Decía que ahora hay mucha gente que se baja unos test de internet, los rellenan y se autodiagnostican. Como si tener Asperger estuviera de moda.

—Son tontos. —Antonio, lo dijo riendo y su comentario había hecho reír a todos, menos a Gloria.

—Yo tengo un diagnóstico psicológico —dijo Gloria.

—No parece. — A Antonio le resultaba raro estar hablando de eso con una chica, y más aún que tuviera Asperger, no solía hablar mucho con chicas, por lo general se relacionaba solo con chicos, en cierto

modo las chicas lo intimidaban, pero Gloria estaba ahí con ellos y eso la hacía distinta a todas las demás.

—Ya me habían dicho antes que parezco neurotípica—.

Ahora sí todos levantaron la mano. Y Jorge no pudo evitar soltar una risotada.

—Perdona, Gloria, es que no me esperaba esa palabra, no me extraña que la sepas.

Desde que Gloria había sido diagnosticada devoraba toda la información relacionada con su trastorno, como si una mayor comprensión de lo que le ocurría fuera a hacer que se le entendiera, pero en el fondo sabía que sólo con leer no era suficiente, también tenía que intentar llevar a la práctica lo leído.

—Neurotípico, es un término inventado por un grupo de personas con síndrome de Asperger en Inglaterra, para referirse a las personas que no tienen Asperger.

—¡No me gusta! ¡Es feo! —dicho esto, Antonio sintió el peso de la mirada de Jorge y volvió a hacer cremallera.

—¿Quieres decir que te han dicho que no pareces ser una persona con Asperger? —Jorge recondujo la conversación.

—Exacto. En el trabajo, me lo dijeron el primer día. Pero después se dieron cuenta de los síntomas—. Lo había dicho con un punto de amargura en la voz.

—He leído en unos blogs que las chicas somos más sociables y que nuestros síntomas son menos visibles; supuestamente eso dificulta nuestro diagnóstico. También he leído que a diferencia de los chicos, no exteriorizamos la ira, lo que nos frustra mucho—.

—¿Y qué piensas de eso? —Preguntó Raúl.

—Que no es exacto. Yo soy chica, y me cuesta igual que a los chicos. Y lo de no exteriorizar la ira, a mi también me pasa.

—¿Tú que piensas?. —Raúl miró a Jorge.

—Pienso que para que una persona sea diagnosticada, los síntomas que manifiesta en su conducta deben ocasionar un grave perjuicio en su vida cotidiana, si los síntomas fueran leves podría adaptarse a su medio, entonces no sería diagnosticada. Por lo tanto que esa persona sea chico o chica, es lo de menos.

—Qué bueno, el síndrome no discrimina—. Aquella no había sido una frase espontánea, Gloria había meditado mucho al respecto. Miró a todos esperando alguna sonrisa, cosa que no ocurrió. Sólo Jorge y Raúl parecieron percibir la ironía.

—Una vez leí que las cosas difíciles son más fáciles si nos reímos de ellas. —Le había dicho Raúl.

—¡No da risa! ¡Es feo!—

—¿Qué es feo, Antonio? —Preguntó Gloria.

—Lo difícil.

Cuando acabó el taller, Antonio se quedó conversando con Raúl y Jorge. Gloria los vio y quiso acercarse, pero no fue capaz, recogió sus cosas y se dispuso a marcharse cuando Antonio la llamó.

—Oye, tú, la que trabaja en la biblioteca.

—¡Antonio! No grites. —Raúl había notado que Gloria había frenado en seco y abierto mucho los ojos. —Se lo hemos dicho mil veces.

—No te preocupes, Raúl, ya me había dado cuenta. Antonio, me llamo Gloria, ¿qué quieres?

—Los domingos voy al mirador de Paracuellos, a ver cómo despegan los aviones. —Antonio se giró hacia Jorge, dubitativo. —¡No puedo!—.

—Sí que puedes, lo hiciste con Raúl y ya ves que dijo que sí—.

—¿Qué pasa? —Gloria además de impacientarse se estaba poniendo nerviosa.

Antonio miró a Gloria y después volvió a mirar a Jorge.

—Díselo tú.

—Está bien. Los domingos Antonio siempre va sólo al mirador de Paracuellos y le sugerí que invitase a sus amigos...

—Yo no soy su amiga.

—Yo dije que sí.

Gloria se quedó mirando a Raúl y Antonio.

—No tengo ningún plan para el domingo, así que iré con vosotros. Nunca he entendido cómo a alguien le podían gustar los aviones.

—A Raúl tampoco le gustan. Lo importante es que lo paséis bien. ¿A que sí, Raúl? —Jorge le dio una palmada en la espalda a Raúl.

—Sí.

Siempre que Raúl asistía a su taller de habilidades sociales, llevaba su trabajo con más facilidad.

La rutina de Raúl había variado. Ahora, lo primero que hacía en cuanto llegaba a su ocupación era preguntar con qué enfermera trabajaría esa semana y si había programado algún cambio.

Montse se fijó en el ordenador y le dijo que esa semana trabajaría con Mercedes y que, de momento, no había programado ningún cambio, que todo seguía igual.

—Muchas gracias. Hasta luego. —Saber que iba a trabajar con Mercedes lo había puesto nervioso, ¿todavía recordaría el comentario que había hecho sobre su pelo?.

Raúl se retiró a prepararse. Puso todo en orden, revisó la lista de pacientes, se aseó y se puso su uniforme. Se dirigió a la sala de radiodiagnóstico donde estaba el tomógrafo y esperó a que llegase Mercedes.

Después de dos años trabajando en el hospital había cogido la suficiente confianza como para hablar

con los pacientes y con sus acompañantes, así que no le iba a pedir a Mercedes que hablase por él. Estaba dispuesto a asumir el reto, no quería volver a depender de nadie para comunicarse en el trabajo; era un consejo de Jorge, «cuanta mayor autonomía tengas, con mayor facilidad afrontarás los cambios».

La puerta se abrió y no fue Mercedes la que entró sino Montse. Mercedes aún no había llegado.

—¿Cómo que no ha llegado? ¿Por qué no ha llegado? —preguntó Raúl sin disimular que la noticia lo había alterado.

—Debe estar al llegar, tranquilo.

Montse volvió a salir y entró de nuevo con el paciente, un niño de once años que venía acompañado por su madre, y con el facultativo especialista que venía leyendo la historia médica.

—Por favor, quítele al niño cualquier objeto metálico, gafas, joyas, cinturones o dispositivos electrónicos. —La madre le hizo caso a Raúl. —¿Hay cirugías previas?

—No. —El facultativo respondió sin dejar de leer la historia médica. —Ayuden al niño a tumbarse en la camilla. Tomografía sin contraste de la zona abdominal por presencia de tumor.

Entre Montse y Raúl ayudaron al niño a tumbarse. Raúl lo colocó en la posición correcta.

—¿Me puedo quedar con él? —preguntó la madre.

—No. Pero puede permanecer en la sala contigua y hablar con el niño durante las pausas de la prueba.

—¿Y cuánto dura la prueba? —Era la primera vez que hablaba el niño, por su tono de voz tenía miedo.

—Cuarenta minutos aproximadamente —contestó Raúl.

Montse esperó a que Raúl tranquilizara al niño diciéndole algo, pero como no lo hizo tomó ella la iniciativa.

—Tranquilo, yo me quedaré contigo durante la prueba.

—¿Estás nervioso? —preguntó la madre a su hijo. El niño asintió.

—No tienes nada que temer. Todo va a salir bien —Raúl repitió de memoria la frase que tantas veces había oído decir a Sonia.— Vas a escuchar sonidos repetitivos, es el ruido que hace la máquina cuando trabaja. Si necesitas algo, nos lo dices. Y recuerda, es importante que no te muevas para no tener que repetir la prueba.

Raúl realizó la prueba con éxito y, una vez finalizada la resonancia, cuando ayudó al niño al incorporarse, le dijo: «eres un campeón».

Al día siguiente, cuando Raúl se encontró con Mercedes, le riñó por no haber asistido al trabajo. Mercedes reaccionó reprimiendo el llanto. Evidentemente algo le estaba pasando, pero Raúl no se daba cuenta.

Trabajaron juntos todo el día hablando lo mínimo indispensable para poder trabajar. Al día siguiente, se repitió la misma situación. Mercedes parecía desmotivada; no solo no hablaba con Raúl, sino que trabajaba lo mínimo.

Mercedes había cambiado mucho desde que Raúl la había conocido. Ya no llevaba el pelo naranja zanahoria, por lo que a él ya no le costaba mirarla a la cara; ahora llevaba media melena rubia, y también había dejado de ser la chica risueña y coqueta que dos años antes le había echado la cruz a Raúl por el comentario que había hecho sobre su pelo color naranja zanahoria.

Si bien es cierto que nunca habían sido amigos, tampoco había trascendido ningún problema importante entre ellos, pero la actitud de Mercedes, tan parca con él y afectuosa con los demás, le hizo pensar que estaba enfadada por algo que él le había hecho a ella sin darse cuenta.

La situación había creado un clima de tensión entre Raúl y Mercedes. Cuando la encontraba hablando con alguien le daba la sensación de que estaba hablando mal de él a sus espaldas. Lo había comentado con Jorge y este le había sugerido que le preguntase directamente si tenía algún problema con él. Raúl hizo el intento, pero no se sintió capaz. Así que acudió a Montse.

—¿Necesito hacerte una pregunta?

—Hoy trabajas con Mercedes, al igual que ayer y que mañana, no hay ningún otro cambio para la semana.

—Es otra pregunta.

—¿Ah, sí? Pues va a ser la primera vez que me preguntas algo distinto.

—Quiero saber si Mercedes tiene algún problema conmigo.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Creo que no quiere hablar conmigo.

—No me extraña, tú nunca hablas con ella.

—Sí hablo.

—¿A sí? ¿Qué sabes tú de Mercedes?

—Nada.

—¿Y de mí?

—Nada.

—¿Y te parece normal que después de dos años no sepas nada de la gente con la que trabajas?

—¿Pero eso qué tiene que ver con que ella no quiera hablar conmigo?

Montse resopló cansada de discutir.

—Hace un mes que falleció su novio, está muy triste, tanto que a veces le cuesta mucho venir a trabajar.

Raúl no sabía que hacía mal al no interesarse por lo que les ocurría a sus compañeros, y hasta ahora tampoco había sentido la necesidad de hacer algo distinto. Había una brecha infranqueable entre lo que sabía y lo que sentía.

—No lo sabía.

—Eres el único que no lo sabe. Y no me extraña, siempre estás metido en tu mundo, es como si sólo prestases atención a las cosas que te interesan y lo demás no existiera.

Raúl sabía que Montse tenía razón, pero él no lo hacía por egoísmo, le habría gustado explicarle lo que le pasaba, pero prefirió trabajar en ello y tal vez un día sería capaz de identificar cuándo alguien con quien trabaja todos los días está muy triste.

—Lo siento.

—A mí no me lo tienes que decir.

Ese día al finalizar la jornada laboral Raúl se acercó a Mercedes y apoyó la mano en su hombro.

—Te acompaño en tu dolor. Perdóname por no haberme dado cuenta antes. —Raúl soltó a Mercedes, y vio que un par de lágrimas caían de sus ojos, lloraba en silencio. Miró el reloj y advirtió que era hora de irse, pero se quedó, apoyó la cabeza de Mercedes sobre su pecho y la dejó llorar.

Al llegar a casa, subió, como siempre, por las escaleras en lugar de por el ascensor. Venía pensando en lo que le había ocurrido con Mercedes; uno de los aspectos que más le disgustaba de sus dificultades era que muchas veces, sin querer, hacía daño a la gente que le rodeaba. Eso le hacía sentir culpable. Siempre que eso ocurría, pensaba que con tantos años de terapia

y de trabajar en la mejora de sus habilidades sociales, debería ser capaz de anticiparse a ese tipo de situaciones. Estaba tan concentrado en sus pensamientos que no se detuvo en la tercera planta, sino que siguió andando hasta la quinta, donde el estruendo de un balón que había chocado contra el otro lado del muro lo trajo de vuelta a la realidad. Volvió a sonar otro balonazo y enseguida oyó la voz de Lola.

—¡Lucas! ¡Deja el balón, que vas a romper algo!

Hacía días que Raúl no veía a Lola. Así que aprovechó que estaba despierta para visitarla.

Llamó a la puerta y Lola apareció al poco rato, sujetando el móvil entre la oreja y el hombro, para tener las manos libres para limarse las uñas. Venía hablando por el móvil con mucha soltura, pero en cuanto vio que era Raúl el que había llamado al timbre, se puso nerviosa.

—No, no es nadie... quien va a ser. Que no he abierto la puerta... pues te habrá parecido.

Con señas, que Raúl no entendió, Lola le indicó que se marchara, y cerró la puerta teniendo cuidado de no hacer ruido.

Raúl bajó andando, pensando que Lola era muy difícil de entender, y que tal vez entender a alguien como Gloria podía ser más sencillo.

SIETE



La ecologista

GLORIA ERA MENUDA y se consideraba una mujer práctica. Llevaba el pelo corto, para no perder el tiempo con peinados; nunca se maquillaba —el maquillaje la abrumaba—, y tampoco vestía a la moda. A sus treinta y tres años seguía usando la misma talla 36 que usaba cuando tenía dieciocho. Sólo compraba ropa cuando la que tenía estaba muy deteriorada. Muchas veces la habían confundido con un chico, confusión que no se debía únicamente a su físico, sino a su forma de pensar. A diferencia de las mujeres que conocía, ella era poco comunicativa, si quería pedir o decir algo lo hacía directamente, sin rodeos, y no era capaz de atender a más de una tarea a la vez.

Gloria clasificaba todas las noches la escasa basura que había acumulado durante el día. Tenía un

cubo con tres compartimentos, cada uno de ellos con una bolsita de un color, azul para papeles y cartones, verde para basura orgánica, y amarillo para plásticos. Esa noche sólo iba a bajar la bolsa de basura orgánica, que era la que tenía llena, y un bote de cristal, que había lavado previamente, en el que venían los pimientos de Piquillo que había cenado.

Reciclar era una de sus actividades preferidas. Todas las noches bajaba andando para depositar la basura en el contenedor adecuado y subía, andando también, satisfecha por haber hecho algo por el bien del planeta. Subía andando no porque no le gustaran los ascensores, que era lo que pasaba a Raúl, sino porque era su aporte a la reducción del gasto energético del edificio y, de paso, porque así ejercitaba las piernas. Cada acto que realizaba estaba planificado y meditado. Siempre que entraba en su casa le daba dos vueltas a la llave y las dejaba puestas, colgando de la cerradura. En ese momento, se detenía unos instantes porque, a pesar de llevar más de un año viviendo sola, todavía le costaba acostumbrarse.

Cuando Gloria comenzó a trabajar en la biblioteca, la idea de vivir sola comenzó a rondarle por la cabeza, pero no fue hasta que se enteró de que sus primas habían dejado las casas de sus tíos para irse a vivir con sus novios que Gloria se decidió.

—Pero, ¿por qué te quieres ir de casa? —le había dicho su madre con ojos llorosos.

—Ya soy mayor y quiero vivir sola, tengo un trabajo, gano dinero, quiero independizarme.

—Puedes ser independiente y seguir viviendo con nosotros. ¿Qué necesidad tienes de irte de casa? ¿Es por los chicos? ¿Tienes novio y te da vergüenza traerlo a casa?

Gloria no entendió de dónde había sacado esa idea su madre, pero pronto lo comprendió. Sus primas se habían marchado de casa al tener novio; ella no lo tenía y, por tanto, debía quedarse en casa.

—Mamá, no tengo novio, nunca lo tuve y no sé si algún día lo tendré.

—Entonces, ¿por qué te quieres ir?

—Porque quiero ser independiente.

—Ya eres independiente, tienes un trabajo, ¿quieres que deje de cocinar para ti, de limpiar tu cuarto, lavar y planchar tu ropa? Porque si eso es lo que quieres, puedo hacerlo.

—No, mamá, quiero ser independiente.

Conversaciones como esta duraban una eternidad.

Como solía ocurrir, Gloria y su madre no llegaron a ningún acuerdo, no se comprendían, pero quien sí pareció entenderla fue su padre, o por lo menos eso fue lo que le pareció a Gloria, porque él la ayudó a buscar un apartamento relativamente cerca de su casa y del trabajo, la acompañó a la gestoría para firmar el contrato y también la ayudó con la mudanza.

—Papá, ¿por qué mamá no me entiende y tú sí?

El padre de Gloria, tenía tanto miedo como su mujer de que su única hija viviera sola.

—Desde que te diagnosticaron, tu madre y yo hemos hecho todo lo posible para que tengas una vida feliz, y sobre todo para que estés preparada para vivir sola cuando nosotros ya no estemos. —¿Sola? ¿Tú tampoco crees que pueda conseguir pareja?

—El que tengas una pareja no te va a librar de la posibilidad de vivir sola —Su padre tenía razón; en cierto modo, Gloria se sentía más identificada con su padre que con su madre, su padre era más racional y menos emocional—. En todo caso, nuestra intención es que seas capaz de valerte por ti misma cuando nosotros ya no estemos, es lo que hacemos los padres.

—Entonces, ¿por qué mamá no está de acuerdo con que me independice?

—Porque nosotros todavía estamos aquí. Debes de entender también a tu madre, se preocupa e intenta, a lo mejor en exceso, protegerte, como cualquier otra madre haría con su hija.

Gloria había aprobado las oposiciones convocadas por la Universidad Rey Juan Carlos y trabajaba en la biblioteca. En el trabajo llevaba una relación correcta con sus compañeros, era colaboradora y no tenía problema con los trabajos en equipo; sin embargo, no aportaba todo lo que podía porque creía que las ideas

de los demás eran mejores que las suyas, o temía no haber entendido bien aquello de lo que estaban hablando y pensaba que si participaba acabaría diciendo algo que no venía al caso. Lo mismo le ocurría con las conversaciones entre colegas.

Para proporcionarle un entorno adecuado, Almudena, su jefa, sabía que había tres cosas que debían de tener en cuenta: anticiparle los cambios importantes en la rutina o nuevas funciones, evaluar el trabajo de Gloria una vez al mes y no interrumpirle mientras trabajaba; cualquier cosa que tuvieran que decirle era mejor comunicárselo al inicio, a la hora de la comida o al final y, si era por escrito, mejor.

Cuando Gloria entró a trabajar, la Universidad puso a disposición de Almudena un preparador laboral, Jorge. Él fue quien orientó a Almudena para adecuar su sistema de trabajo, de tal modo que Gloria pudiera adaptarse y dar lo mejor de sí.

Uno de los objetivos del departamento en el que Gloria trabajaba era conseguir una biblioteca más eficiente. Para ello, debían hacer frente a la sobrecarga de información. La función de Gloria era analizar los patrones de búsqueda de los usuarios y las weblogs de los catálogos, para sugerir nuevas adquisiciones. Para ello Gloria contaba con un ordenador con acceso a la base de datos central. Su puesto estaba ubicado al lado de una ventana, con vistas a un precioso sauce llorón que la protegía del sol a las horas en las que este brillaba.

ba con más intensidad. Ella amaba la naturaleza y la vista de esas bonitas ramas de grácil caída le regalaban paz cada vez que bailaban acompasadas al ritmo del viento. Gloria no tenía problema con los ruidos externos, siempre y cuando se asemejasen a un murmullo lejano. Lo que realmente le molestaba era que la interrumpiesen, porque se desconcentraba totalmente y después le costaba mucho volver al punto, o proceso, en el que se encontraba antes de ser interrumpida.

Marta y Felipe, sus compañeros, estaban al tanto de que Gloria tenía Asperger. Habían recibido información e intentaron respetar el modo de trabajar de Gloria, aunque a veces les resultaba muy difícil lidiar con ella, sobre todo cuando necesitaban interrumpirla durante el trabajo.

El primer problema que tuvieron con ella, recién incorporada, fue descubrir que se tomaba a mal cualquier comentario sobre su trabajo; entonces, acordaron que fuese Almudena la que se encargase de transmitir esos comentarios, destacando no sólo en qué aspectos fallaba, sino también aquellos en los que hacía bien su trabajo.

Con este sistema, Gloria se sentía cómoda, consideraba que se había adaptado satisfactoriamente a su trabajo. Esta situación duró tres años hasta que se

incorporó un nuevo miembro al equipo, Fernando, el informático.

Como en el departamento de Almudena necesitaban manejar más datos y herramientas informáticas, Fernando fue destinado a ese departamento. Su puesto de trabajo estaba en otra oficina y los compañeros de Gloria pasaron por alto el hecho de que Fernando desconocía cómo trabajaban con ella. Nadie lo puso al corriente, así que cada vez que Fernando necesitaba hablar con Gloria, la interrumpía sin más, generándole un estrés que ella no manifestaba, pero que por dentro le hacía mucho daño.

Gloria pensaba que Fernando estaba disconforme con la calidad de su trabajo, porque era a ella a quien más interrumpía. Pocas veces lo veía dirigiéndose a Felipe o a Marta, y eso le causaba inseguridad. Nadie se había percatado de esta situación; las interrupciones de Fernando eran puntuales y, a ojos de todos, Gloria no parecía manifestar ningún tipo de incomodidad, así que nadie hizo nada por impedir que esa situación se siguiese repitiendo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Felipe.

Gloria miraba su plato de espaguetis, no los había probado. Felipe y Marta iban ya por el postre. Siempre comían juntos en el comedor de la universidad.

—Estás así desde que encendiste el móvil... ¿Has tenido alguna mala noticia?

No era frecuente que Gloria recibiese ningún tipo de mensaje, ni de llamada, y ese día al encender su móvil había recibido un mensaje con una dirección y una hora.

—He quedado para ver despegar aviones desde un mirador en Paracuellos.

Marta y Felipe intercambiaron una mirada, no sabían que a Gloria le interesasen los aviones, sabían que, de vez en cuando, salía a hacer alguna ruta de senderismo, que quedaba con sus primas para ir al teatro y que también le gustaba mucho ir al cine; pero eso de ver despegar aviones era algo nuevo, y ella no solía hacer nada nuevo. Gloria se puso a comer lentamente.

—Vaya, qué bien. ¿Y quién te ha invitado? —Se interesó Marta.

—Antonio.

—¡Antonio! ¿Un nuevo amigo? —Una chispa de emoción brilló en sus ojos—. En alguna ocasión, Marta la había presentado a algún colega. Aunque no tenía una estrecha amistad con ella, se daba cuenta de que Gloria estaba muy sola, y que, como cualquier chica, quería tener pareja.

—Sí, lo conocí en la Asociación.

Marta no pudo evitar que se hiciera evidente la frustración en su rostro, pero Gloria no lo percibió.

—No pareces muy entusiasmada, ¿no quieres salir con ese chico?

—Sí quiero. También va a ir Raúl.

—¿Raúl? ¿Otro amigo de la Asociación?

Por la forma de decirlo de Marta, a Felipe se le escapó una risotada. Lo que Gloria interpretó como desprecio.

—¿Qué tiene de malo que sea un amigo de la Asociación? —Gloria se había puesto a la defensiva.

—Yo no he dicho que fuese algo malo.

—Lo dijiste con tu lenguaje no verbal. De lo contrario, Felipe no se habría reído.

—Felipe se ríe por todo. No te enfades, Gloria, me estás malinterpretando.

Gloria se puso de pie y se llevó su bandeja. No sabía cómo lidiar con ese tipo de situaciones. A veces estaba segura de haber captado una doble intención, o de haber interpretado correctamente el lenguaje no verbal, y al momento, ya no estaba tan segura. En ese instante, no sabía si Marta estaba siendo sincera con ella o si le estaba mintiendo.

Buscó una mesa vacía para sentarse, pero todas estaban ocupadas.

—¡Hola, ecologista, aquí hay un sitio libre!

Gloria sintió que le hervía la cara, reconoció la voz de inmediato, él la había llamado «ecologista» otras veces pero nunca delante de tanta gente. Miró a su alrededor, se había convertido inmediatamente en el

foco de atención de muchas miradas, con lo mal que llevaba eso. Fernando la esperaba sonriente haciéndole hola con la mano, él siempre comía con sus amigos informáticos, los geeks, y la estaba llamando desde varias mesas más allá. Sintió que todos se estaban burlando de ella. Dejó su comida en el portabandejas y se marchó, sin saber quién le caía peor en ese momento, si Fernando o Marta.

Marta, tenía dos hijos, el mayor de tres años, y el pequeño apenas tenía cinco meses, Marta se había incorporado hacía poco de la baja por maternidad. Nada más enterarse de su embarazo, Gloria la había atiborrado de información mes a mes sobre el desarrollo del feto, sobre qué era recomendable hacer y no hacer, y conforme se acercaba la fecha del parto la información aumentaba. Gloria le había advertido sobre las ventajas y desventajas del uso de la epidural, los distintos tipos de asistencia durante el parto, y más cosas, unas que ya conocía y otras que jamás había oído. En un primer momento, a Marta le había parecido enternecedor que Gloria se preocupase tanto por su gestación, pero pronto solo deseó coger la baja por maternidad para dejar de oírla.

—Gloria, sabemos que como todos estás emocionada por el bebé que tendrá Marta, y que quieres lo mejor para ella y para su bebé, pero deberías dejar

que lleve su embarazo con naturalidad, no necesita saberlo todo, déjala que disfrute.

De este modo, Almudena había intentado que Gloria dejase en paz a Marta, y lo había conseguido, pero no del modo que hubiese deseado.

Gloria se enfrascó en su trabajo y no volvió a hablar del tema. El niño nació y Marta cogió la baja por maternidad. Cuando se incorporó de nuevo, Marta le preguntó a Gloria por qué no había ido a su casa a conocer al niño; habían ido todos menos ella. Gloria no había ido simplemente porque nadie le había dicho que debía ir.

—Pero dime una cosa. ¿Tú quieres conocer al bebé?

Gloria se quedó pensando un momento.

—Sí, claro.

Esa había sido una de las contadas ocasiones en las que Gloria había mentido deliberadamente. Lo cierto era que no le atraían los niños, al menos no como se espera que le debieran atraer a una mujer en edad fértil. Pero si había mentido no era por evitar que Marta se diera cuenta de que los niños no le interesaban; mintió porque quería agradar a su compañera de trabajo. Gloria siempre quería agradar.

Gloria, que se había informado sobre cómo debían ser esas visitas, decidió llevar un regalo práctico. Felipe, que también era padre de dos hijos, le había aconsejado que no regalara ropa pues a esas edades los bebés suelen tener ropa de sobra; tampoco

juguetes, que con un sonajero les bastaba. Como era el segundo hijo de Marta, lo más probable era que heredara cuna, coche, trona y bañera, en conclusión, o regalaba dinero o algo de uso diario como pañales.

Cuando Marta contó en el trabajo que Gloria le había regalado una docena de pañales de tela, porque no contaminaban el medio ambiente, se pusieron todos a reír. Marta les había pedido a todos que por favor no le dijeran a Gloria nada de los pañales, para evitar que se sintiera mal. Almudena y Felipe callaron, porque conocían bien a Gloria, pero Fernando, que no la conocía tanto, un día que la encontró en los exteriores de la biblioteca, apoyada en el sauce llorón que miraba todos los días desde su ventana, no tuvo mejor idea que llamarla «ecologista» por primera vez.

Gloria, cuando se sentía agobiada, aprovechaba el tiempo de descanso para apoyarse en ese árbol. Era su técnica de relajación. Había leído que en Oriente la gente abrazaba a los árboles para cargarse de energía positiva. Gloria no llegaba a tanto; se imaginaba a sí misma abrazando al árbol y se veía patética, tampoco entendía cómo sería posible una transferencia de energía, ella no era una batería descargada y el árbol no era un cargador. Gloria había elegido ese lugar para descansar simplemente porque nadie solía pasar por allí, todos transitaban por el área asfaltada, y porque las ramas y hojas producían un sonido muy relajante cuando el viento las mecía.

Apoyada en el tronco miraba por entre las ramas hacia la copa del árbol y desconectaba del mundo, dejaba de pensar en lo que la agobiaba, en la sobrecarga de trabajo. Veía la base de datos de la biblioteca como una enorme bola compuesta por información, mucha de ella caduca e inservible, otro tanto novedosa pero igual de inservible, y finalmente un porcentaje de ella muy necesaria pero perdida entre tantos catálogos; y se veía a sí misma luchando con toda sus fuerzas para depurarla, para dejar únicamente lo útil, y para que lo útil llegara a quien lo necesitaba. Pero la bola era gigante y siempre sentía que la iba a aplastar. Apoyada en el árbol oía las hojas moverse, a las ramas chocando entre sí y, como si de un hechizo se tratase, con ese sonido la bola gigante se desvanecía.

—¡Ecologista, te estaba buscando!...

Aquella primera vez Gloria apenas lo conocía, y no se atrevió a preguntarle por qué la llamaba así.

—Estoy en mi descanso —había contestado Gloria.

Fernando se fijó en su reloj.

—¡Rayos! No me había dado cuenta, siempre me pasa.

—¿Qué querías?

—Consultarte una cosa, pero ya lo haré después. Descansa.

Como Fernando había roto el encantamiento del árbol, Gloria optó por volver a su puesto de trabajo,

para enfrentarse con la enorme bola de información, preguntándose en el trayecto porqué la habría llamado ecologista.

En cuanto tuvo ocasión se lo preguntó a Marta, quien, muerta de la vergüenza, no fue capaz de decirle la verdad —que era por los pañales de tela que le había regalado— así que inventó una mentira.

—Es que como siempre hablas de reciclaje, de ahorrar energía, de la tala indiscriminada de los árboles...

Gloria sabía que era cierto, pero no podía evitar hacer esos comentarios. Siempre decía que era un exceso lo que se gastaba en calefacción, que bien podían trabajar todos más abrigados; estaba pendiente de que se imprimiese sólo lo necesario, y que se utilizasen los folios por ambas caras; incluso había animado a sus compañeros a adquirir libros electrónicos en vez de libros en papel, y otras tantas recomendaciones más. Era cierto, Gloria era una ecologista, pero pensaba que Fernando no se lo decía como un elogio, sino como un modo de burlarse de ella.

—Si quieres, puedo hablar con Fernando para que no te llame así.

—No. Déjalo. Ya me dejará de llamar así.

Gloria temía que si Marta se lo decía la cosa pudiera ir a más. Así que prefirió esperar a que en algún momento Fernando dejase de llamarla de esa manera y, en cambio, retomó el taller de habilidades socio-emocionales en la Asociación.

OCHO



Aprender a escuchar

EL DOMINGO LLEGÓ Y ANTONIO, muy emocionado, llevó a sus amigos hasta su mirador en Paracuellos. Antonio hablaba sin cesar, con voz monótona, como si alargase algunos fonemas de cada palabra. Gloria intentaba seguirle la conversación y mostrarse interesada, aunque le estaba costando mucho, y Raúl pasaba directamente de lo que Antonio decía. El día anterior, Raúl había encontrado una caja en su habitación y no podía dejar de pensar en el contenido de esa caja, mejor dicho, en su significado.

—¿Y esa caja?

—Te la mandó Lola con Lucas —contestó su madre mientras acomodaba la ropa de Raúl en el armario.

En la caja había un par de discos de Sabina que Lola le había pedido que le dejara tres años atrás; una bufanda gorda con la que se había abrigado ella un

día que Raúl se la encontró con Lucas en el parque —la recordó tiritando de frío sin más abrigo que una chaqueta de tela, dándose golpes en los brazos para entrar en calor y quitándole del cuello la gorda bufanda sin pedírselo—; también había un paraguas plegable, ese sí se lo había devuelto en varias ocasiones, pero siempre se lo volvía a pedir, y así siguió, sacando cosas, preguntándose por qué se las devolvía todas juntas ahora.

—¿Discutiste con Lola?

Años atrás, cuando Pilar había comenzado a sospechar que podía haber algo entre Lola y su hijo, no le había gustado nada la idea. Pensaba que Lola era muy simple, llamativa, demasiado joven para ser madre, y que sólo pensaba en el presente. Pero no le dio mayor importancia porque, de pasar algo entre Lola y su hijo, no duraría mucho. Raúl ya había tenido otras novias, y todas le habían durado poco. Sin embargo, desde que las sospechas de Pilar se habían iniciado, ya habían pasado algunos años y Lola y Raúl todavía seguían viéndose con cierta regularidad.

—No tuvimos ninguna discusión. ¿Te dijo Lucas por qué traía la caja?

—Sólo dijo que esas cosas eran tuyas y que Lola te las estaba devolviendo.

Raúl miraba sus pertenencias desconcertado, sin saber qué pensar. Pilar notó la preocupación de su hijo y lamentó haber deseado que la relación entre

Lola y Raúl no llegase a buen puerto, porque si algo había demostrado Lola en todos esos años era que, a pesar de lo raro que pudiese resultarle su hijo, siempre estaba allí para Raúl.

—Si no discutiste con ella, lo más probable es que esté haciendo limpieza y quiera deshacerse de cosas que no usa, o que no son tuyas. Es lo que hago yo cuando hago limpieza.

Y aunque el razonamiento de su madre le había parecido acertado, había algo que no terminaba de cuadrarle.

—Mirad para allá —Antonio le pasó sus prismáticos a Raúl—. El que se prepara para despegar es un Airbus A-320, es el modelo más vendido de Airbus, y fue uno de los primeros aviones civiles con controles de vuelo mediante cables.

Raúl miró por los prismáticos y después se los pasó a Gloria.

—Si miráis hacia las doce menos diez...

—¿A dónde? —dijo Gloria.

—A las doce menos diez —con el brazo derecho estirado Antonio señaló al frente, haciendo como si este fuera la aguja de un reloj—. Las doce en punto está al frente. —Estiró el brazo izquierdo y señaló un poco hacia la izquierda—. Las doce menos diez es exactamente allí.

Gloria giró la cabeza y vio a través de los prismáticos en la dirección que apuntaba Antonio.

—Sí, ya veo.

—Ese avión está a la cola esperando que el Airbus A-320 despegue. Ese es el famoso Boeing 747, más conocido como «Jumbo», es muy grande, tiene una cabina en la joroba dorsal, cuatro trenes de aterrizaje traseros, dos bajo el ala y otros dos bajo el fuselaje.

—Ah, vale. —Gloria no disimulaba que se estaba aburriendo como una ostra.

—Pues ese fue el primer avión de fuselaje ancho y se utiliza en trayectos largos.

—Déjame ver —Raúl extendió la mano y Gloria le pasó los prismáticos—.

—No me gustan los aviones. —Dijo Gloria, y se cubrió la boca con la mano para tapar un bostezo.

—¡A mí sí! ¡Son bonitos!—.

—No grites, Antonio. Nadie dice que sean feos, sólo no nos gustan. —Raúl le devolvió los prismáticos a Antonio.

—Yo de pequeña viajé en avión muchas veces con mis padres. Pero nunca me gustó volar, duelen los oídos, y da la sensación de que caes al vacío.

—El erotitus ocurre porque la cabina está presurizada, los cambios rápidos de presión hacen que la bolsa de aire dentro del oído se expanda o contraiga durante el despegue y aterrizaje, por eso duelen. La

sensación de caída es también por el oído, el cambio de aceleración afecta al laberinto —explicó Raúl.

—Conoces bien los síntomas —Gloria no se esperaba esa explicación.

—Una vez estuve a punto de subir a uno, así que me informé de lo que podía sentir.

Gloria y Raúl hablaban mientras Antonio, pegado a sus prismáticos, no le quitaba ojo a la pista de despegue sin participar de la conversación.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no subiste?

—Iba a ir con mi vecina y con su hijo a Tenerife, pero el niño enfermó y perdimos el viaje.

—Yo nunca he ido con mis vecinos a ninguna parte.

—Con Lola y su hijo yo he ido al cine, a comer, al parque, al zoológico. Ella es muy guapa.

—¿Te gusta ella?

—Sí.

—¿Y ella lo sabe?

—¡Atención! El airbus va a despegar! —Antonio los alertó y se puso a contar— ¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno... allá va!

El avión comenzó a adquirir velocidad sobre la pista para después despegar. Ni Gloria ni Raúl lo vieron despegar.

—No se lo he dicho.

—Tienes una vecina, que te gusta, vais a un montón de sitios juntos. ¿Por qué no le dices que te gusta?

—No sé por qué no se lo he dicho.

—Ahora el Boing 747 está tomando posición.

—Antonio continuaba pegado a los prismáticos.

—¿Cómo es ella?

—Es muy guapa y muy trabajadora.

Gloria parpadeó dos veces. Sentía envidia por Raúl, ella quería tener un novio pero no tenía ni un triste pretendiente, y Raúl tenía a una chica, que seguramente lo quería mucho, por qué sino iba a querer viajar con él y con su hijo.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Una vez nos besamos. —La confesión removió una herida en Gloria, la herida que le había dejado un beso que jamás le habían dado.

—¿Y qué pasó después de eso?

—Nada.

—¡Nada! ¿Por qué nada?

—Porque no sabía qué decir.

—¡Atención! ¡El Boing 747 va a despegar! ¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno... a volar!

Esta vez los tres vieron despegar al avión, Antonio, emocionado, reía y aplaudía.

—Dile a la chica que te gusta, es un consejo de amiga—.

—¿Qué chica? —Antonio dejó de aplaudir, el avión había desaparecido en el horizonte.

—La vecina de Raúl. A Raúl le gusta.

—¡No le digas nada!. Las mujeres son muy complicadas.

—¡Eso es mentira! —El comentario de Antonio había indignado a Gloria.

—¡Es verdad!. Gloria, mamá siempre le dice a papá. «Nunca me entiendes. Tienes que aprender a escucharme». Y mi padre la escucha, pero igual no la entiende.

—Yo a Lola también la escucho y muchas veces no la entiendo.

Gloria quedó unos segundos meditando lo que Antonio y Raúl le habían dicho y no supo qué decir, las relaciones de pareja le eran totalmente ajenas, su experiencia se limitaba a sus deseos y expectativas de conseguir pareja, pero lo que ocurría una vez que se iniciaba una relación, era terreno desconocido.

NUEVE



Decir la verdad

A ANTONIO LA EXCURSIÓN con sus amigos de la Asociación lo había decepcionado. Esperaba que mostrasen algún interés por los aviones y, en cambio, se habían pasado la tarde hablando de temas que les interesaban y compartían. Aún así, había quedado para volver a salir con ellos.

La próxima vez le tocaba decidir a Gloria, a dónde iban, y ella había propuesto hacer una ruta de senderismo. A Antonio no le gustaba caminar y se había negado rotundamente, pero Raúl le había recordado que a Gloria no le gustaban los aviones y que, a pesar de eso, había aceptado ir con ellos a Paracuellos.

—¿Tú practicas senderismo? —le había preguntado a Mario, su compañero de trabajo.

—No, a mí me gusta el fútbol. —Mario miró a Antonio de arriba abajo. —¿A ti te gusta el senderismo?

—¡No, me gusta!

—Ya decía yo. —Mario se sentía incómodo con la presencia de Antonio, pero no quería hacérselo notar. —¿Y el fútbol?

—Me gusta menos.

Antonio tenía malos recuerdos en todo lo relativo a los deportes. En clase de gimnasia se entusiasmaba pronto, era patoso y todos se burlaban de él. No valía para correr, cuando lo tenía que hacer, obligado en clase de educación física, o para escapar de los acosadores, sentía un fuerte dolor en el pecho, tan fuerte que a veces tenía la sensación de que le estallarían los pulmones y el corazón al mismo tiempo. Pero, de todos los deportes, el que peor llevaba era el fútbol. En los recreos, los futboleros lo ponían en la portería para emprenderla a balonazos contra él, ganaba el que conseguía que Antonio se tirase al suelo de dolor.

Antonio y Mario se dirigían a la oficina donde llevarían a cabo sus labores. Antonio se había incorporado al archivo de la biblioteca hacía una semana, pero iba a ser la primera vez que compartiría el mismo espacio de trabajo con Mario.

Raquel, su jefa, había querido dejar las cosas claras para Antonio desde el primer momento. Había elaborado un horario y programa de trabajo detallados, y los había colgado en el tablero del área común, para que Antonio lo pudiera consultar con facilidad.

El día en el que Antonio comenzó a trabajar, el horario había llamado la atención de Mario y de sus

compañeros, y se habían quedado en el área común comentándolo.

—Hora de entrada, descanso visual, tiempo de descanso visual, horario del comedor, tiempo para comer... ¿por qué pone cosas que todos sabemos?

—¡Eso es para mí! —Antonio estaba allí, había entrado acompañado por Raquel mientras sus compañeros estaban distraídos. —¡Hola, soy Antonio! —Lo había dicho casi gritando.

Antonio llevaba puesto un vaquero muy por encima de la cintura, y una camiseta a rayas por dentro del pantalón. Todos se le quedaron mirando.

Raquel, que acompañaba a Antonio, había leído a conciencia «Mi compañero tiene un Trastorno de Espectro Autista», pues quería estar preparada para ayudar a Antonio en su inserción laboral. Se había informado de que existían dos tipos de clasificaciones para este trastorno. Una clasificación era la DSM-V que era la americana, y de reciente publicación, donde se hablaba de TEA-AF Trastorno de Espectro Autista de Alto Funcionamiento o TEA leve. Y la otra clasificación era la CIE-10, que era la europea, donde se hablaba de Síndrome de Asperger. En todo caso, eran dos clasificaciones para un mismo trastorno. Raquel se había interesado en ellas en un afán por entender cómo sería Antonio. Quería saber en qué punto del espectro del autismo se encontraba, porque el Síndrome de Asperger formaba parte

del espectro del autismo, en un extremo estaban las personas con síntomas «leves», por decirlo de algún modo, y al otro extremo estaban las personas con una sintomatología claramente autista. Pero había descubierto que cada caso era único, por lo que le fue imposible imaginar cómo sería Antonio hasta que lo conoció.

Raquel se había hecho una idea del tipo de problemas que afrontaría con Antonio. Sabía que podía tener problemas con el control del tiempo, por eso había hecho aquel horario detallado; también había decidido que Antonio dedicase la primera semana a adaptarse, como medida para reducir su estrés y ansiedad. Durante esa primera semana ella le explicaría los procesos y sistemas de catalogación que usaban, orden de prioridades, tiempo de entrega para cada trabajo, incluso tenía un listado de normas sociales básicas que iban desde cómo dirigirse a sus compañeros, hasta qué significaba mantener una higiene personal adecuada. Pero lo que no había anticipado es que Antonio vistiera de esa manera, que de entrada ya lo diferenciaba del resto del grupo y que lo convertiría en blanco de posibles burlas.

—Ya os había anticipado que tendríais un compañero nuevo. Antonio, ellos son Mario, Elena y Joaquín.

—¡Hola, soy Antonio! —volvió a decir sonriente y muy fuerte.

Los compañeros se quedaron atónitos.

—No hace falta que hables tan alto.

—¡Perdón! —Era evidente que Antonio estaba nervioso.

—¡Eh! Tranquilo. —Había sido Mario quien, con una amplia y bondadosa sonrisa, le ofreció la mano. —Bienvenido—.

Antonio se quedó mirando para la mano, se cogió el pantalón, estrujando la tela, se estaba secando la mano, y Mario continuaba con la mano extendida.

—Antonio, Mario está esperando para estrecharte la mano. —Raquel lo había dicho con un tono conciliador, no imperativo.

—Es que me sudan mucho las manos. —A Antonio, cuando se ponía nervioso, le sudaban las manos.

—No pasa, nada. —Mario bajó la mano, sin rencor.

Raquel lo había pasado casi tan mal como Antonio, era consciente de que podía haber dificultades en la integración de Antonio en el grupo pero no sabía que sería tan difícil.

—Esta semana le iré explicando a Antonio cómo funciona todo y cuáles serán sus funciones. Os pido que colaboréis con él en lo que haga falta. Antonio, ven conmigo.

—¡Nos vemos después!. —Les dijo adiós con la mano.

Antonio sabía que había metido la pata, se había presentado dos veces, y estaba seguro de que sus compañeros ya habían notado que él tenía dificultades. Se lo había advertido su hermana, que en vano había intentado convencerle de ponerse unos vaqueros más modernos y llevar la camiseta por fuera. Pero Antonio ya lo había intentado muchas veces y nunca lo había conseguido. Si no llevaba la camiseta por dentro y el vaquero muy por encima de la cintura, con un cinturón bien puesto, se sentía inseguro. Había comenzado a vestirse así en el colegio, para evitar que los compañeros le bajasen los pantalones de un tirón para burlarse de él.

En su oficina, Raquel le había explicado a Antonio cuánto y cuándo cobraría, cuándo podría elegir sus vacaciones y el procedimiento que debería seguir en caso de baja por enfermedad.

Antonio prestaba atención, pero tenía la vista puesta en sus manos que, con los dedos entrelazados, estaban apoyadas sobre el escritorio de Raquel.

—¿Entendiste?

—¡Sí!.

Por la inexpresiva cara de Antonio, Raquel no sabía si había entendido o no.

—Antonio, es mucha información para cualquiera, si no has entendido algo, no te preocupes, te lo

volveré a explicar, quiero que te sientas libre de preguntar, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —Continuaba mirándose las manos.

—Lo que vamos a hacer es ir poco a poco. Para mí también es una nueva experiencia trabajar con alguien diagnosticado de Asperger —le enseñó el libro, pero él no lo vio—. Lo he leído, pero una cosa es la teoría y otra la práctica. Lo que sí te garantizo es que pondré todo de mi parte para que te sientas a gusto y puedas dar lo mejor de ti—.

—¡Sí!.

—Antonio si hablas con tus compañeros, trata de no levantar tanto la voz, y si puedes, míralos a la cara. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí.

Esta vez lo había dicho sin gritar, pero no pudo dejar de mirarse las manos. Raquel no le insistió más, sabía que para Antonio era muy difícil estar ahí, y lo último que quería era hacerlo sentir peor.

Al finalizar el mes de adaptación, Antonio ya podía mantener una conversación con Raquel sin gritar y mirándola a la cara, también lo podía hacer con sus compañeros, menos con Elena, que al parecer era con quien menos cómodo se sentía. Raquel le había preguntado si tenía algún problema con ella, y

Antonio le había confesado que le costaba más hablar con las chicas.

Raquel decidió poner a trabajar a Antonio con Mario catalogando descripciones monográficas. Mario tenía la misma edad que Antonio y ya llevaba un año trabajando en el archivo. En cuanto a la calidad de su trabajo se podía decir que cumplía con los objetivos, pero que no era perfeccionista. En lo que sí destacaba era en su capacidad para hacer amigos, era muy conversador y sus amigos lo definían como un chico «majo». Raquel esperaba que Mario ayudase a Antonio a relacionarse con el resto de compañeros, y que Antonio ayudase a Mario a ser más ordenado y escrupuloso con su trabajo.

Antonio era exageradamente perfeccionista con su trabajo, pero también muy lento. Necesitaba que hubiera absoluto silencio para concentrarse. Mario, que estaba acostumbrado a trabajar escuchando música, no había tenido ningún problema en ponerse los cascos para que Antonio pudiera concentrarse. Detalle que Antonio le había agradecido tanto que había llegado al punto de incomodarlo.

Le había pagado la comida y los cafés. «Tío tampoco es para tanto», le había dicho Mario, pero Antonio seguía teniendo detalles con él. No sólo estaba agradecido, también quería caerle bien. Raquel se había dado cuenta y había hablado con Antonio al respecto.

—Mario ya sabe que le estás agradecido, lo normal es dar las gracias o tener un regalo de agradecimiento, pero sólo un detalle, tú estás teniendo muchos y eso le está agobiando.

Antonio entendió y todo siguió bien entre ellos, hasta que Mario comenzó a dejar el móvil encendido durante el trabajo.

La primera vez que sonó, Antonio lo había dejado pasar; la segunda, ya le pareció mal.

—¡Tienes que apagar el móvil!.

—Vale, tío. Se me pasó.

—¡Si no lo apagas no puedo trabajar!

—Que sí, hombre. Lo siento. —A Mario le pareció exagerada la reacción de Antonio, y lo puso en modo de vibración.

Cada vez que sonaba un «brrr», Antonio se distraía, Mario dejaba lo que estaba haciendo para ver qué decía el mensaje y seguía trabajando, pero Antonio ya no sabía dónde se había quedado y tenía que volver a empezar todo de nuevo.

—¡Apaga el móvil! —Antonio no soportaba más las interrupciones y estaba muy enfadado.

—Lo he puesto en modo de vibración.

—¡Apágalo!. ¡No me dejas trabajar!.

—No lo estoy usando.

—¡Hace mucho ruido!.

Mario hizo acopio de paciencia.

—A ver, Antonio. Primero, no querías música; entonces yo acepté escuchar música con los cascos. Después fue el timbre del móvil, yo lo puse en modo reunión, pero ahora resulta que tampoco quieres que vibre. Antonio, déjame en paz, tío.

—¡Está prohibido usar el móvil mientras se trabaja!

—Nadie lo tiene apagado.

—¡Yo sí!

—¡Tú no cuentas!

Antonio, muy enfadado se había puesto a golpear su mesa, y Mario se dio cuenta que no debió haber dicho eso último que había dicho.

—¡Para Antonio! ¡Que pares!

Antonio dejó de golpear su mesa.

—Si no te gusta trabajar conmigo, puedes pedirle a Raquel que te ponga con cualquier otro. —Le dijo Mario ya cansado. —Chívate si quieres—.

Antonio sabía que chivarse no era la solución, lo sabía por experiencia propia. En el colegio chivarse sólo le había valido para que sus compañeros tomaran represalias contra él. Las humillaciones a las que era sometido eran vox populi, a diario le dejaban mocos pegados en sus cuadernos, le escupían flemas en el pelo o le ponían chinchetas en el asiento. Los maestros hacían como si no pasaba nada, sólo intervenían cuando Antonio resultaba lesionado, y ni en esas ocasiones decía el nombre de su agresor, por

miedo a que las represalias fuesen aún mayores. Y a pesar de que ya era adulto y que lo que le pasaba ahora era distinto, chivarse seguía sin ser una buena opción, era su primer trabajo y no quería que la gente pensara que no se podía trabajar con él.

Otro que no las tenía todas consigo era Raúl. En el hospital, el trabajo se les había acumulado a Raúl, Tomás y Luis. Raúl, que era el único soltero y sin hijos, y según sus colegas eso le permitía una flexibilidad de horarios que ellos no tenían, era el que casi siempre se sacrificaba por los demás. Tomás y Luis siempre tenían algún pretexto para cambiarle el turno, ya fuera por tener que llevar al niño al médico, una reunión con la maestra, o cualquier otro motivo que los obligase a permanecer en casa. Cualquier excusa era buena para cambiarle el turno a Raúl.

Como Raúl siempre estaba dispuesto a hacerle un favor a cualquier compañero que se lo pidiese, se aprovechaban de él, y el único que parecía no darse cuenta de que estaban abusando era el propio Raúl.

—Pero, ¿por qué coges siempre los peores turnos?
—le había dicho Mercedes indignada.

—Porque me da igual.

Mercedes observó el rostro de Raúl, era un rostro atractivo, extrañamente inexpresivo, o por lo menos así le había parecido durante esos años, pero desde

que él la había dejado llorar en su pecho, algo había cambiado en ese rostro. No lo tenía claro, no sabía si aquello que había cambiado estaba en él, o en cómo ella lo miraba, pero fuera como fuese, sentía que algo estaba cambiando en Raúl.

—Es imposible que te de igual, tú también tienes derecho a hacer tu vida como todos.

Raúl quedó callado, pensativo.

—Raúl, tú eres muy listo para unas cosas y para otras eres muy inocente. Seguramente, hay muchas cosas que quieres hacer, pero que no haces por culpa de esos horarios horribles, ¿a que sí?

—Puede ser.

—Puede ser, no. Es así, piensa, dime algo que te gustaría estar haciendo en este momento.

Raúl quería preguntarle a Lola por qué le había devuelto sus cosas.

—¡Ves cómo sí hay algo!

Y también había algo que quería decirle, sólo que no se sentía capaz de hacerlo. Raúl era capaz de decir cosas que difícilmente alguien más se atrevería, era objetivo y lógico, cualidades que muchas veces le daban problemas, porque la claridad de su pensamiento estaba reñida con su capacidad de identificar situaciones en las que no estaba bien decir lo que pensaba o lo que sabía. Como aquella vez que el doctor Fernández le había reñido por explicarle el significado de un diagnóstico a la madre de un niño con una

malformación en el riñón, sin tener en cuenta que la madre había perdido a su primer hijo por el mismo problema.

Raúl se preguntaba cómo era posible que a menudo tuviera problemas por decir la verdad, y que al mismo tiempo no pudiese ser capaz de decir la verdad sobre sus sentimientos... ¡para una vez que tenía claro lo que sentía!

Decidido, Raúl llamó al timbre de Lola y ella le dejó pasar. Mucho había cambiado aquel piso desde la primera vez que había entrado, llevando a Lucas en brazos. Para su sorpresa, el pequeño apartamento estaba recogido; definitivamente, así se veía más amplio.

—Siéntate —le invitó Lola.

Raúl se sentó sobre la tela estampada de flores gigantes blancas y negras que su amiga había puesto sobre el sofá verde, en un vano intento por restarle fealdad al tapizado original. El televisor de plasma, que había sido la primera gran adquisición de Lola, estaba encendido. Lola estaba viendo el refrito de una serie que transcurría en un hospital. Raúl recordó que había visto con ella ese capítulo cuando se había estrenado años atrás. Eso había sido antes de que él consiguiese trabajo en el hospital. Habían sido muchos los momentos que había pasado en esa casa, momentos que cada vez eran más escasos; no sabía

por qué, él seguía sintiendo lo mismo por ella, pero se habían distanciado.

—¿Por qué me devolviste las cosas?

—Porque son tuyas.

—Eso ya lo sé, pero, ¿qué ha pasado para que me las devuelvas ahora?

Lola hizo una pausa, antes de responder, una pausa que significaba algo que pasó totalmente inadvertido por Raúl.

—No quiero tener algo que no me pertenece y que nunca va a ser mío.

—Si quieres te las regalo.

—Raúl, no estoy hablando de las cosas.

—¿No? ¿De qué estás hablando?

Lola miró a Raúl y le habló con el corazón en la mano.

—¿De qué crees? Lo puedo decir más fuerte pero no más claro. No quiero tener algo que no me pertenece y que nunca va a ser mío. Y también quiero dejar de pedírtelo todo.

Raúl no estaba entendiendo.

—Lola, hay algo que quiero decirte —Se armó de valor y lo dijo—. Tengo síndrome de Asperger.

Raúl pensó que el primer paso para decirle lo que sentía por ella era contarle aquello otro, que tampoco se había atrevido a decirle antes.

—¿Asperger? ¿Y eso qué es?

—Es un trastorno de origen neurobiológico. Es un trastorno del espectro autista.

—¿Me estás diciendo que eres autista? —Lola no daba crédito a lo que oía.

—No ellos están al otro extremo.

—Vas a tener que ser más claro, pues no te estoy entendiendo.

—Es difícil de explicar, tengo síntomas que hacen muy difícil que me integre socialmente. Para mí es muy difícil entender los sentimientos, y los dobles sentidos, por eso muchas veces no te entiendo.

—Eso le pasa a mucha gente.

—Lo mío es distinto, es un trastorno. Si quieres algo de mí, me lo tienes que decir claro, sino puede que no o entienda.

Lola estaba confusa, no se esperaba esa conversación.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No es fácil decirlo, no se me da bien decir ciertas cosas...

—Me has dejado de piedra, no me esperaba eso... siempre me pareciste distinto, pero no sabía que era porque tuvieses alguna enfermedad.

—No es una enfermedad es un trastorno.

—Bueno, eso.

Raúl entendió que ese no era el mejor momento para decirle lo que sentía por ella, y temió por lo que

podría ocurrir a partir de la confesión que le había acabado de hacer.

—Si quieres dejar de ser mi amiga, lo entiendo.

—No digas tonterías, ¿cómo vamos a dejar de ser amigos? Yo te sigo viendo como siempre.

—¿De verdad?

—Te lo juro. —Hizo una cruz con los dedos y la besó.

Raúl le concedió el beneficio de la duda y ambos se quedaron sin saber qué decir.

—¿Qué vas a hacer el fin de semana? —Se animó a preguntar Lola.

—He quedado con Gloria y Antonio para ir de excursión.

—¿Gloria?

—Sí, ¿no te había hablado de ella?

—La última vez que hablamos fue cuando fui a preguntarte si sabías por qué me había citado la profesora de Lucas.

—Ha pasado mucho tiempo.

Otra vez se quedaron sin nada más que decirse.

—Si te hace falta algo de lo que me devolviste, te lo dejo otra vez sin problema.

Lola supo que Raúl no había entendido nada. Y Raúl se marchó frustrado, se preguntaba cuándo encontraría el momento adecuado para decirle a Lola lo que sentía por ella, pero también estaba optimista pues había dado el primer paso.

DIEZ



El *joystick*

GLORIA ESTABA APOYADA EN SU SAUCE LLORÓN como cada vez que necesitaba relajarse. Había tenido una fuerte discusión, era la primera vez que le ocurría algo así y se sentía muy mal. Fernando había colgado en la web de la universidad un catálogo que Gloria estaba revisando y que aún no contaba con su aprobación.

Aquel día, como todos los días, Gloria estaba trabajando, muy concentrada en su ordenador, cuando Fernando la interrumpió porque tenía problemas con los links del catálogo que había colgado dos días atrás. Fue entonces cuando Gloria se había dado cuenta del error, ella no había autorizado que se subiera ese catálogo. Fernando revisó sus órdenes y efectivamente se trataba de un error suyo. Realmente el problema no era tan importante y tenía fácil solución. Solo había que quitarlo para volver a colgarlo

cuando estuviese aprobado. Pero Gloria no lo veía así, y así se lo hizo saber a Fernando, quien ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo con Gloria, dio su brazo a torcer, «vale, vale, tu ganas ecologista, lo siento, tendré más cuidado la próxima vez». Lo había dicho con buena intención, pero, en ese momento, el hecho que la llamase «ecologista» la hizo estallar.

Gloria nunca manifestaba su ira contra nadie, como mucho cogía sus cosas y se marchaba, pero ese día había explotado en contra de Fernando, volcando toda la rabia que llevaba acumulada dentro.

—Te burlas de mí llamándome ecologista, pero a ti en la facultad te apodaban el joystick.

Los compañeros, al oír que Gloria levantaba la voz, o mejor dicho, gritaba, acudieron a ver qué ocurría. Gloria seguía vociferando.

—Lo leí en tu anuario, así que no digas que es mentira.

—¿Buscaste mi anuario? Vaya, y yo que pensaba que pasabas de mí.

Gloria se había sentido descubierta, así que atacó con lo primero que le vino a la mente.

—¡Seguramente andabas jugando todo el día y por eso no aprendiste nada!

Fernando se ruborizó.

—Es verdad que me decían el joystick, pero no era por jugar.

La respuesta había intrigado a todos los presentes, y al parecer sólo Felipe se había dado cuenta del significado real del alias. En cuanto Felipe se puso a reír, poco a poco Marta y Almudena fueron cayendo, «joystick», y levemente sonrojadas rieron también. Sólo Gloria no había entendido, y tampoco se atrevía a preguntar. Se sintió mal de que sus compañeros se riesen de una situación que para ella estaba resultando muy frustrante.

—Almudena, si no te importa voy a adelantar mi descanso.

—Sí, Gloria, claro, tómate tu tiempo.

Gloria había salido casi huyendo, sin tan siquiera coger la chaqueta, y había seguido así, sin mirar atrás, rumbo a su refugio.

Bajo la sombra de su sauce llorón, Gloria estaba preguntándose si sería posible borrar ese día de su memoria.

—Pensé que podías tener sed y frío.

Allí estaba Fernando, con el botellín de agua de Gloria y su abrigo.

—Toma, antes de que cojas un catarro.

Gloria recibió el abrigo y el botellín.

—Gracias. —Se puso el abrigo; sólo en ese momento se percató de que tenía las manos heladas y la garganta reseca, iba a beber pero Fernando le dijo algo que le hizo abrir mucho los ojos.

—Cuidado, le he puesto un veneno por descubrir mi secreto.

Gloria se había quedado mirándolo.

—Es broma.

—Sí, ya lo sabía. —De verdad lo sabía, pero la primera impresión que le había dado era que podía ser cierto.

—Lamento lo que pasó allí dentro —se disculpó Fernando con sinceridad.

—La culpa es mía, no debí enfadarme así, si no me hubiese enfadado nada habría ocurrido.

—Todos nos enfadamos alguna vez, es normal, no tienes por qué sentirte mal.

Gloria bebió agua.

—Fernando, siento haberte gritado, y también siento haberte llamado «joystick».

—No sabes lo que significa, ¿verdad?

—Sólo sé que es un dispositivo que se conecta a un ordenador o consola en forma de palanca y que sirve para controlar de forma manual un software.

—Quiero decir que no sabes lo que significa como alias.

—Tiendo a interpretar todo de manera literal.

—Intenta imaginártelo, yo era un adolescente cuando entré en la Universidad, tenía catorce años cuando comencé la carrera de Ingeniería Informática.

—Lo he intentado, pero no se me ocurre nada.

—¿A qué se parece un joystick?

—A una palanca de cambios.

—¿Y qué relación visual haces entre una palanca de cambios y un chico de catorce años que de repente se ve obligado a interactuar en un universo adulto?

Gloria por más que lo intentaba no veía relación alguna. Avergonzado, Fernando bajó la mirada.

—Te estoy hablando de sexo. Y no te voy a contar lo que pasó que me muero de la vergüenza.

Gloria también desvió la mirada, se sentía totalmente inmadura en la comprensión de códigos de la conducta sexual, por eso se sentía tan cómoda entre sus colegas de la Asociación, con los que pocas veces hablaba de sexo.

—Tampoco te voy a pedir que me lo cuentes, prefiero no saberlo.

—Mejor así.

Se quedaron un momento en silencio, sin mirarse.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre hardware y software?

—Claro que la sé, el hardware es...

Fernando la miró a los ojos.

—Es un chiste, no te estoy preguntando por la definición de esas palabras.

Gloria volvió a esquivar la mirada.

—Nunca entiendo los significados de los chistes.

—Pero identificas coincidencias en patrones de búsquedas que tus compañeros de trabajo no ven.

—Sí.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? No tienes que responderla.

Gloria se dio cuenta de cuál iba a ser esa pregunta. No era buena prediciendo preguntas, pero la secuencia lógica de la conversación le resultaba excesivamente familiar, era bastante similar a una evaluación para obtener un diagnóstico. Gloria lo miró a los ojos y respondió a la pregunta que aún no le había hecho.

—Tengo Asperger, debes estar familiarizado con el síndrome, en la facultad de ingeniería hay algunos chicos diagnosticados.

—Dicen que Silicon Valley está repleto de gente como tú.

—Es un rumor, no está confirmado.

—Mi mejor amigo de la facultad es un aspie, yo sólo padezco agorafobia, pero lo tengo bastante controlado, de pequeño no podía salir de casa si no estaba acompañado.

—Pues sí que lo tienes controlado, ahora no se te nota.

—Aún se me manifiesta a veces, pero en lugares muy abiertos, a los que no puedo ir solo... bueno, ahora que sabemos qué nos pasa, podemos ser amigos.

—Claro. ¿Puedo pedirte un favor?

—El que quieras.

—¿Puedes dejar de llamarme ecologista?

Fernando asintió.

—Prometo que a partir de ahora sólo te llamaré Gloria, si tú prometes que nunca más me llamarás «Joystick».

—Trato hecho.

Fernando le extendió la mano pero Gloria no se animó a estrecharla.

—Vas a necesitar mucha paciencia conmigo.

—Se me da bien esperar.

ONCE



Algo en común

CUANDO RAQUEL LE LLAMÓ LA ATENCIÓN por entregar su trabajo tarde y con errores, Antonio no le había dicho cuál era el verdadero motivo por el que la calidad de su trabajo había disminuido tanto.

—Lo estabas haciendo bien antes. Ha pasado algo que quieras comentarme?

—No.

—¿Entonces está todo bien?

—Sí.

Antonio respondió con monosílabos y evitando de nuevo mirarle a la cara.

—Pues si todo está bien, estoy segura que podrás hacerlo mejor.

Antonio quería hacerlo mejor, pero no sabía cómo resolver el problema en el que estaba metido. Cuando había comenzado a trabajar con Mario, éste llevaba el móvil apagado, pero para mala suerte de Antonio,

Mario había conocido a una chica y se había «liado» con ella. El nuevo ligue de Mario era el motivo por el que su móvil vibraba frecuentemente y, a diferencia de otros, que se habrían acabado acostumbrando a tal sonido, Antonio no fue capaz.

Pedirle a Mario que apagase su móvil ya le había traído problemas con él, por lo que Antonio no se lo volvió a pedir. «Tiene que haber una solución», le había dicho Raúl durante una sesión del taller de habilidades sociales, pero por más vueltas que le dieron, nadie había encontrado una salida a su problema. La única que se había aproximado había sido Gloria.

Gloria le había contado que cuando Fernando comenzó a interrumpirla durante su trabajo, ella había optado por hacer cada hora un breve resumen, de dos líneas, de lo que acababa de hacer, así le resultaba más sencillo volver a concentrarse en lo que estaba haciendo.

Aunque la idea que le propuso Gloria era buena, no le valía a Antonio. Las vibraciones que emitía el móvil de Mario se repetían a veces con mucha frecuencia, no le iba a dar tiempo de hacer un resumen cada vez que el móvil vibrase. «No hagas un resumen, toma notas», le sugirió Jorge, y Antonio así lo hizo.

Antonio fue asignando signos y números para identificar los datos de los autores, bibliografías y temas que estaba procesando para catalogar. Dentro de los temas también fue introduciendo signos, y así

poco a poco fue inventando un código que iba anotando según iba avanzando con su trabajo.

Había adquirido tal destreza con su método que, además de ayudarlo a no distraerse, le permitía avanzar más rápido. Y aunque las vibraciones le seguían pareciendo fastidiosas, y volvía a casa muy enfadado, con su método podía asegurarse de que entregaría un trabajo sin errores.

Una vez que Antonio hubo perfeccionado su método, Raquel vio con alegría que el trabajo de Antonio había mejorado notablemente. Por fin estaba satisfecha con la labor que desempeñaba Antonio, le había entregado un informe detallando todo lo que había hecho bien y él parecía orgulloso de su propio rendimiento. En cuanto al aspecto social, con Elena y con Joaquín, veía que a menudo conseguía mantener una conversación sin centrarla en sus temas de interés, aunque tenía muchas dificultades para mantener una conversación cuando tenía puntos de vista distintos a la de sus compañeros, sobre todo cuando trataban de temas de actualidad, como los desahucios, por ejemplo. En esos casos, Antonio se mostraba muy indignado, levantaba la voz y se ponía de parte de las víctimas, sin querer entender posturas distintas a las suyas y enfadándose cuando alguien trataba de explicar un punto de vista diferente al suyo, e incluso, en alguna ocasión, golpeando la mesa.

—¡No está bien!

—Nadie dice que esté bien, pero no se puede meter a todos en el mismo saco. —Siempre era Elena la que se mostraba más paciente con Antonio.

—¡Está mal!.

—En general se debería buscar una solución alternativa, pero...

—¡No! ¡Está mal!.

—Vale, Antonio. Está mal. —Joaquín, evitaba directamente discutir con Antonio.

Pronto, Elena y Joaquín optaron por hablar sin tener en cuenta las opiniones de Antonio, o lo que era peor callarse o cambiar de tema cuando veían que él se acercaba. Para ellos, al igual que para Mario, habían notado que Antonio era distinto, suponían que tendría algún tipo de trastorno, pero no sabían cual.

Antonio, no era tonto, se había dado cuenta que sus compañeros no estaban a gusto con él, pero insistía en conversar con Elena y Joaquín, hasta que por fin encontraron un tema que les interesaba a todos, el tiempo. La afición de Antonio por ver despegar aviones, había hecho que la climatología esté dentro de su repertorio de temas favoritos. «Antonio, mi hermana quiere coger una oferta para Menorca, qué tiempo hará el fin de semana». Y sin necesidad de tener una aplicación en el móvil, Antonio, de manera acertada, siempre tenía una respuesta. Raquel, también se había dado cuenta de eso, y estaba contenta de que

Antonio de alguna manera se sintiera útil para sus compañeros, los que nunca lo invitaban a ninguna actividad fuera del trabajo, ni con los que alcanzaría a tener una amistad en toda regla, pero por lo menos, en el trabajo podría estar a gusto.

Con quien Antonio no estaba a gusto era con Mario, apenas se hablaban, a pesar de trabajar juntos.

Mario se había dado cuenta de que a raíz de la discusión que había tenido con Antonio, este había cambiado con él. Intentó quitarle hierro al asunto, haciendo como si nada hubiese ocurrido esperando que con el tiempo la actitud de Antonio hacia él volviera a ser la misma, pero eso no ocurría.

Mario nunca había tenido problemas con los plazos de entrega de los trabajos, pero como últimamente andaba tan distraído con los mensajes, se había retrasado. Era la segunda vez que Raquel le llamaba la atención por terminar su trabajo fuera de los plazos establecidos. Si Mario volvía a incumplir los plazos, Raquel se vería obligada a dejarlo reflejado en su informe, y el informe era lo que tenía en cuenta Recursos Humanos para renovar los contratos. Ante tal situación, Mario había optado por apagar su móvil y concentrarse en su trabajo, pero estaba tan atrasado que no iba a poder cumplir con el plazo de la tercera entrega.

Se aproximaba la hora de salida, y Antonio ya había terminado su trabajo, estaba recogiendo sus cosas para marcharse cuando Mario se le acercó.

—Tío, te puedo pedir un favor.

Hacía días que sólo se hablaban para saludarse, y a Mario le había costado mucho decirlo.

—¿Qué quieres?.

—Que me ayudes a terminar mi trabajo. Si no termino hoy... puede que no me renueven el contrato. ¿Me ayudas? —No le hizo falta decir más.

—¡Sí!.

Antonio, se quedó con él, ayudándole hasta que Mario por fin se puso al día.

—Gracias tío, de no ser por ti perdía el chollo.

—De nada.

—Me he dado cuenta de que sigues enfadado conmigo por no apagar el móvil cuando me lo pediste.

—Sí.

—¿Y cuánto te va a durar el enfado?

—No sé.

—Hoy lo he apagado.

—Ya me di cuenta.

—Te debo una, cualquier cosa que quieras, pídemela.

—Te pido que no vuelvas a encender el móvil mientras estamos trabajando.

—Vale, vale.

Mario estaba realmente agradecido, de haberse tratado de otra persona lo habría invitado a tomar unas cañas, pero por más que se sentía en deuda con Antonio, no le apetecía en lo más mínimo pasar tiempo con él, y Antonio lo sabía.

Gloria estaba nerviosa. El día había llegado y no sabía qué iba a ocurrir. Estaba en una orilla del río Manzanares con Antonio y Raúl, se habían juntado para hacer una ruta de senderismo, de nivel de dificultad mínimo, a petición de Antonio. Esa había sido la segunda condición que había puesto para ir, la primera había sido elegir un día que no fuera domingo, «los domingos son para ver aviones».

—¿Que invitaste a quién...?

Preguntó Raúl a Gloria, mientras Antonio revisaba, una vez más, que su merienda, agua, talco para rozaduras y tiritas para ampollas estuvieran dentro de su mochila.

—No lo invité, él dijo que quería venir. Es un compañero de trabajo, se llama Fernando, pero no sé si vendrá, tiene agorafobia.

—¡Mejor que no venga!—dijo Antonio mientras le daba un mordisco anticipado al bocadillo de queso que traía de merienda, sin notar que Gloria estaba muy ilusionada por que apareciera.

Gloria y Fernando habían comenzado a compartir sus descansos y a comer juntos, era la primera vez que Gloria tenía un amigo que diese señales de estar interesado en ella. Lo había hablado con Marta, quien estaba segura de que las veces que Fernando la había interrumpido no habían sido porque él cuestionase la calidad de su trabajo, lo había hecho simplemente porque quería estar con Gloria.

Gloria y Fernando comían juntos y compartían los descansos debajo del sauce llorón, se sentían bien el uno con el otro, pero Fernando aún no le había propuesto verse fuera del trabajo. Gloria estaba pensando justamente en eso cuando le había llegado un mensaje al móvil: «tienes planes para el fin de semana». El corazón de Gloria había comenzado a latir con fuerza, bombeando su sangre directa a su cabeza; jamás se había sentido así. Sabía qué era lo que estaba sintiendo, lo había visto en cientos de películas, era la arritmia propia del enamoramiento. Temblorosa, había escrito: «voy de excursión con unos amigos». Contó, uno, dos, tres, y acompañado por el sonido de un timbre que le sonó mágico, apareció aquel mensaje, que había llegado a pensar que jamás recibiría, «quiero acompañarte».

Gloria miró hacia donde aparcaban los coches. No venía ningún coche.

—¿Qué, comenzamos ya? —preguntó Antonio.

Raúl notó que Gloria miraba hacia el aparcamiento.

—Esperemos un poco más, falta el amigo de Gloria.

—No va a venir. Empecemos de una vez —dijo Gloria, sintiéndose tonta y despreciada.

Se pusieron a andar, pero el sonido de una bocina los detuvo; era un taxi conducido por un hombre, que llevaba a una mujer en el asiento del copiloto. Parecía una pareja de cincuentones. En el asiento de atrás iba un chico, con un pañuelo en la cabeza, que se inclinó por entre los asientos de delante para darle un beso al chofer del taxi y otro a la mujer. La pareja le dijo algo al chico y este señaló hacia Gloria, la mujer sonriente le hizo, a una atónita Gloria, un gesto de hola con la mano. Gloria correspondió con el mismo gesto, y del coche por fin bajó Fernando. Se acercó deprisa al grupo.

—Hola, perdón por el retraso, mi madre siempre tarda en salir de casa, y mi padre no puede exceder el límite de velocidad, pero ya estoy aquí.

—Os presento a Fernando —dijo Gloria, sin que se notara la emoción en su voz, pero con la cara sonrosada—. Ellos son Antonio y Raúl, mis amigos de la Asociación.

Fernando saludó a todos.

—Ya podemos comenzar. Me está empezando a entrar el hambre —dijo Antonio. Y se pusieron a andar.

Por delante iban Gloria y Fernando, detrás de ellos Raúl, y finalmente, rezagado, iba Antonio.

Gloria notó que Fernando miraba hacia las lejanas montañas, supuso que debía estar sintiendo algo, para él los lugares abiertos, tan amplios como un valle, continuaban siendo un reto, y para Gloria significaba mucho que estuviera allí con ella, venciendo sus miedos. Con la mirada puesta en el camino, le cogió la mano, para que sintiera que no iba solo. Fernando la miró de reojo, sin que ella perdiera de vista el camino, y así con las manos unidas, siguieron caminando.

—¿Cuánto falta? —preguntó Antonio.

—Dos horas a paso lento —respondió Gloria.

Después de un tramo en el que nadie dijo nada, Fernando se animó a romper el hielo.

—¿Os gustan los chistes?, conozco uno muy bueno. ¿Sabéis cuál es la diferencia entre hardware y software?

Gloria que ya conocía el chiste no dijo nada.

—El hardware se vuelve más rápido, pequeño y barato con el tiempo mientras que el software se hace más grande, lento y caro.

Raúl sonrió.

—¡No es divertido! —Dijo Antonio, espantando mosquitos y arreglándose el gorro para protegerse del sol.

—A Gloria tampoco le hizo gracia cuando se lo conté, tenéis algo en común... bueno, algo en común además del Asperger. —Sintió que había metido la

pata hasta el fondo, y no lo había hecho con mala intención. Temió que Gloria y sus amigos se enfadarían con él, pero lo que ocurrió es que rieron los tres.

«Algo en común», pensó Raúl, eso era lo que Lola le había dicho la primera vez que había ido a su casa llevando a Lucas, que tenía algo en común con su hijo: eran dos niños a los que les gustaba lavarse los dientes. Miró hacia delante, Gloria y Fernando seguían caminando cogidos de la mano. Quiso imaginarse a Lola y a Lucas caminando con él, cogidos de la mano, como si fueran una familia, pero por más que lo intentaba, su mente no podía construir esa imagen.



El primer paso

RAÚL HABÍA LLEGADO A CASA CANSADO, quería bañarse para subir a casa de Lola y decirle de una vez por todas lo que sentía por ella. Pero al entrar en casa encontró a sus padres con cara circunspecta.

—Lola pasó a despedirse, se fue a Barcelona con Lucas —le dijo Francisco antes de que Raúl preguntase nada.

A Raúl le había costado un mundo procesar lo que su padre le acababa de decir.

—¿Cómo que se ha ido a Barcelona? A mí no me dijo nada.

Francisco miró a su mujer, para que fuera ella la que se lo dijera. Pilar, intentó endulzar la frase, pero no había manera.

—Lola y Lucas se fueron, y no dieron ninguna explicación.

Oía las palabras, pero para Raúl era como si carecieran de significado alguno.

—Me voy a duchar.

Raúl había ido directo al baño. Le puso el pestillo a la puerta y recostó todo el peso de su cuerpo contra ella.

No sabía cómo afrontar lo que acababa de ocurrir. De ser cierto, ¿por qué razón se había marchado sin despedirse de él? Lola sabía que Raúl no estaría en casa, él mismo le había dicho que se iba a una excursión.

Recordaba perfectamente cada una de sus últimas conversaciones y las repasó mentalmente, buscando algo que le permitiese entender la conducta de Lola. Se centró en su última conversación, repasó cada frase sin hallar ninguna pista.

Volvió a recordar la conversación y se dio cuenta de que Lola no le había llegado a explicar el significado de aquella frase, «no quiero tener algo que no me pertenece y que nunca va a ser mío. Y también quiero dejar de pedírtelo todo». ¿Se estaría despidiendo de él con esas palabras?

Fue más atrás en el tiempo. Recordó la vez que había ido a verla y ella no pudo recibirlo porque estaba hablando por el móvil. Ese recuerdo tampoco le aportó nada nuevo. Fue más atrás, y recordó cuando Lola le había preguntado si sabía por qué la profesora de Lucas le había mandado una citación.

En ese momento sintió como si un rayo lo fulminara. Tal vez la respuesta estuviera relacionada con esa citación. ¿Le habría ocurrido algo a Lucas que les obligara a marcharse del modo como lo habían hecho?

Al día siguiente, a Raúl le tocaba el turno de mañana, pero necesitaba hablar urgentemente con la profesora de Lucas, había esperado mucho, y no quería seguir esperando. Llamó a Tomás para cambiarle el turno, pero Tomás tenía planes. Entonces Raúl hizo algo que jamás había hecho.

—Si me dices que no, no te volveré a cambiar de turno cuando me lo pidas.

Raúl acababa de poner en práctica una nueva habilidad social: el chantaje.

La joven profesora reconoció a Raúl en cuanto le vio entrar en el aula. Sofía lo recibió amablemente.

—Vaya sorpresa, pensé que no volverías por aquí.

—Lo hice muy mal aquella vez.

—No lo hiciste tan mal. Sólo estabas un poco nervioso.

—Le grité a una niña.

—Bueno, todos gritamos alguna vez. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Quería preguntarte por Lucas. Sabes que se fue con su madre a vivir a Barcelona.

—Sí. Un traslado a mitad de curso, no es lo más recomendable, pero no siempre podemos elegir.

—El día que vine a hablar de los dinosaurios, le enviaste a Lola una citación. ¿Puedes decirme por qué querías hablar con ella?

Sofía, tensó la postura.

—Lo siento mucho pero no te lo puedo decir. Tenemos prohibido dar información sobre los alumnos.

—Pero Lucas ya no es alumno de este centro.

—La norma se aplica a alumnos y a exalumnos. De verdad, siento mucho no poder ayudarte.

El timbre que señalaba la finalización del recreo sonó y los alumnos entraron en el aula. Raúl estaba completamente desmoralizado, había puesto todas sus esperanzas en ese dato que Sofía le estaba ocultando.

—Allí está el tarado —dijo el niño de la cresta, que parecía dos años mayor que el resto.

—¡Orlando! No hables así. Pide disculpas. —Sofía le había llamado la atención muy seria.

—Lo siento —dijo el niño sin ganas.

—¡Qué valiente!. Cómo se nota que Lucas ya no está aquí. —Era la pequeña entrometida de la diadema, a la que Raúl había hecho llorar.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Raúl totalmente intrigado.

—Lucas le puso un ojo morado por llamarte... ya sabes, así, como te acaba de llamar ahora.

El niño macarra quedó cortado, Raúl buscó en vano su mirada, el macarra no se la dio. Estaba humillado.

—Le dio una buena paliza —dijo el pequeño de gafas y orejas grandes, contento, como si él también se hubiese sentido vengado con ese golpe.

—Raúl, no hables así. —Sofía reprendió al niño con suavidad.

—¿Raúl?

—Sí, me llamo como tú. Y no le hagas caso a Orlando, no somos tarados.

Raúl se giró buscando los ojos de la joven maestra.

—¿Y qué dijo Lola cuando supo lo que Lucas había hecho?

—No te lo puedo decir.

—Dijo que no pensaba castigarlo por hacer algo que habría hecho ella misma. Me lo contó el mismo Lucas. —Otra vez la niña entrometida había hablado de más.

Raúl miró a Sofía, juntó las manos, palma con palma, como un niño rezando en clase de catecismo, pero ese gesto también tenía otro significado, Raúl sabía que se usaba para pedir por favor.

—¿Dijo eso? —le preguntó a Sofía.

Y el gesto funcionó, porque aunque Sofía permaneció en silencio, asintió con la cabeza haciendo un claro signo de afirmación.

Raúl seguía sin entender por qué Lola había desaparecido de su vida de aquel modo, sin dar una explicación. Sabía que de nada le valdría seguir repasando los acontecimientos, su ceguera para interpretar las emociones o sentimientos ajenos en este caso era una barrera infranqueable. ¿Cómo iba a poder interpretar las emociones de Lola o de cualquier otra persona si tenía dificultades para interpretar los sentimientos en algunas situaciones? El fantasma que lo acosaba desde la infancia cobró fuerza, ¿debería resignarse a ser un incomprendido y a no comprender? Pero en medio de la angustia que lo estaba sumiendo, surgió una certeza que le permitió salir a flote. Lucas y su madre habían hecho por él lo que nunca nadie hizo en sus tristes años de escuela, cuando su imaginación lo hacía fantasear con algún superhéroe que lo protegiera de los abusos, ese superhéroe al fin había irrumpido en su vida, pero esta vez en forma de dúo dinámico, madre-hijo, para defenderlo. Eso sólo podía significar una cosa, a pesar de esa barrera que lo separaba de los demás, Raúl había conseguido ganarse el aprecio y, quien sabe, el amor de dos personas que nada le debían, y el no poder entender

lo ocurrido no borraba la inmensa alegría que le producía sentirse arropado por la protección de un par de amigos.

Ese día Raúl fue a trabajar sabiendo que ese peso que le oprimía el corazón era tristeza. Se dirigió como siempre, de forma mecánica, a llevar a cabo su rutina. Iba a preguntar con qué enfermera le tocaría trabajar ese día, pero se detuvo, se le ocurrió que algo estaba haciendo mal. Aquella rutina en el trabajo, que él mismo había creado, le permitía llevar a cabo sus labores con eficiencia, pero lo había apartado de todo lo social. Volvió a pensar en Lola, en las veces que rechazaba verla por no alterar sus rutinas. Raúl no podía culparse a sí mismo por no entender lo que ocurría en el corazón de Lola, pero debía asumir la culpa de no haberle dedicado el tiempo que ella necesitaba, después de todo en eso se basan las relaciones. Había llegado el momento de modificar su rutina de trabajo e incluir un paso importante.

Desde la puerta de la cafetería vio a sus compañeros de trabajo disfrutando de los minutos previos al cambio de turno, reían, conversaban contentos. Se había quedado observando, sabía que de dar un paso adelante, lo más probable era que tarde o temprano acabaría metiendo la pata con algún comentario desatinado, seguramente algunos se reirían de él, otros lo tacharían de raro, pero también sabía que algunos, como había sido no solo el caso de Lola y

Lucas, sino también de Mónica, Mercedes, Antonio y Gloria, acabarían entablando amistad con él. ¿Por qué su lugar de trabajo no podía ser también un lugar donde sus compañeros lo valorasen no solo como trabajador sino también como persona? La respuesta dependía sólo de él, tenía que ser él mismo quien se diera la oportunidad de intentarlo. Y, aún arropado por la protección del niño y de la madre que ya no tenía cerca, optó por dejar de pensar. Ese día el técnico en diagnóstico por imagen, que tenía síndrome de Asperger, regaló a sus compañeros la oportunidad de conocer a un maravilloso ser humano.

—FIN—

Innap Inserta

La Administración pública debe reflejar la complejidad, la diversidad y la pluralidad de la sociedad a la que sirve. Este principio, que se encuentra grabado con letras de fuego en el frontispicio de la misión del INAP como organización pública, no sólo hace referencia a los mecanismos de participación democrática en los procesos de toma de decisiones, a la integración de los grupos en los que participan los ciudadanos para la defensa de sus intereses o a la potenciación de las relaciones intergubernamentales en Estados compuestos como el nuestro; hace referencia, sobre todo, a un modo de entender las relaciones de la Administración con su entorno, con la sociedad en su conjunto, con las personas a las que sirve y atiende, en ocasiones de forma un tanto deshumanizada y fría. En fin, una Administración socialmente responsable, en una expresión evidentemente tautológica, pleonástica, por cuanto o es socialmente responsable o no es.

Esa responsabilidad exige de nosotros un cambio de paradigma. La Administración tiene como fin la garantía de los derechos y libertades de los ciudadanos y el mantenimiento de la cohesión e integración social, y ese fin es indisponible: sólo puede cumplirlo la Administración pública. Nadie más. Y para ello se requiere que todo el

talento generado por la sociedad pueda revertir en el bien común, en el interés general. Esa gran tarea exige de los servidores públicos nuevas capacidades, nuevas habilidades, nuevas actitudes, algunas de las cuales se pusieron de manifiesto en la anterior colección editada en colaboración con Netbiblo, Innap Innova, marca que ha supuesto una auténtica transformación en el modo de entender la misión de las organizaciones públicas en una sociedad en permanente y acelerada evolución. Necesitamos que todo el talento de la sociedad aflore, se comparta y se dirija al bien común. Esté donde esté y venga de donde venga. Pues el talento es talento y no requiere de adjetivos.

Una sociedad democráticamente avanzada como la española ha asumido que su progreso ético y moral sólo será factible si pone todo su potencial al servicio de la igualdad de oportunidades, la defensa de los derechos fundamentales, la protección del medio ambiente o la atención, protección y desarrollo de las personas más débiles de la sociedad. Y entre estas últimas se encuentra el amplio colectivo de las personas que tienen alguna discapacidad. La peor discapacidad que puede padecer una sociedad es no garantizar la igualdad de todos los ciudadanos. Y no solo la igualdad legal, por cuanto en la mayoría de las ocasiones no es la discapacidad la que dificulta la vida de muchas personas sino los pensamientos y actitudes de los demás hacia ellas.

La Administración debe desempeñar un papel determinante en el cambio de valores en relación con el

conocimiento, tratamiento, protección y puesta en valor de la discapacidad ya no como factor no discriminatorio, sino como un potencial para el desarrollo de las organizaciones y del compromiso ético de las personas con sus semejantes. No hablamos de personas discapacitadas, sino de personas que cuentan con alguna discapacidad, con algún inconveniente que les impide hacer, decir, oír, ver, comportarse, reaccionar en situaciones concretas, pero que no les incapacita en otras.

Aproximadamente un 10% de la población española cuenta con alguna discapacidad. La tasa de desempleo entre estas personas puede rondar el 40%. Según recientes estudios, más de dos tercios de las personas con diversidad funcional en edad laboral han renunciado, o quedado excluidas, de la forma de inserción económica más habitual y normalizada en esa etapa de la vida: el empleo remunerado⁴. El INE, en su encuesta «El empleo de las personas con discapacidad 2011», destaca, entre otras conclusiones, que menos del 5% de la población en edad laboral tiene certificado de discapacidad (4,1%); que la tasa de actividad de este colectivo es casi 40 puntos inferior a la de la población sin discapacidad; que, además del sexo y la edad, la participación laboral está muy determinada por el tipo e intensidad de la discapacidad, siendo las personas con discapacidad asociada a deficiencia auditiva las más

⁴ Colectivo Ioé (2013): "Diversidad funcional en España. Hacia la inclusión en igualdad de las personas con discapacidades", en *Revista Española de Discapacidad*, 1 (1): 33-46.

activas laboralmente y presentan una tasa de actividad que dobla la de las personas con trastorno mental, que resulta ser el grupo más inactivo (54,4% frente a 25,5%). Asimismo, destaca la importancia que tiene la formación como variable integradora en el entorno sociolaboral, por cuanto las tasas de actividad y empleo aumentan a medida que se incrementa el nivel de formación, hasta superar en más de 20 puntos a la media en el caso de personas con discapacidad y estudios superiores.

Precisamente, el logro de la inclusión social y laboral exige una intervención directa de los poderes públicos en términos de lucha contra la discriminación que estas personas sufren. La Administración —y la sociedad en su conjunto— no puede permitirse el lujo de desperdiciar todo el talento que estas personas atesoran, y no en términos económicos, sino en términos éticos.

Por ello, el INAP, como institución referencial en materia de discapacidad y empleo público —recordemos que el 89,22% de las personas con discapacidad que han accedido a la Administración General del Estado entre 2003 y 2011 lo han hecho a cuerpos y escalas cuyos procesos de selección se encomendaron al Instituto Nacional de Administración Pública—, y como generadora de conocimiento transformador, ha asumido que debe poner todas sus capacidades, todo su conocimiento y toda su voluntad innovadora al servicio de la inclusión laboral de las personas con discapacidad, como proyecto propio

y como valor que impregne a todos los organismos de la Administración española.

Fruto de este compromiso es esta colección Innap Inserta, cuyo objetivo primordial es dar a conocer determinadas discapacidades entre las personas que desempeñan su labor en la Administración y ofrecer mecanismos para una mayor comprensión del problema, herramientas para apoyar la inclusión laboral de las personas con discapacidad en los entornos de trabajo y conocimiento para poder reaccionar, atender, ayudar e integrar efectivamente a dichas personas desde diversas posiciones como compañero de trabajo, responsable o subordinado.

Para ello, seguimos el camino iniciado con la colección Innap Innova, con una opción por la elaboración de materiales eminentemente prácticos, disponibles en formato pocket que permiten acercarse al tema en un tiempo breve, ofreciendo opciones de profundización en la cuestión planteada, y susceptibles de generar materiales didácticos que sirvan de apoyo a posteriores acciones formativas.

En fin, el INAP, para cumplir con su misión de crear conocimiento transformador en el sector público en beneficio de la sociedad, con el fin de propiciar la cohesión social y una democracia de alta calidad, desea trasladar al conjunto de los empleados públicos que dichos objetivos no podrán lograrse hasta que la cultura de nuestras organizaciones no esté impregnada de valores como los que esta colección pretende transmitir y de estrategias y

sistemas de gestión que entiendan, e integren, la discapacidad de manera transversal.

Las empresas que están aplicando políticas de diversidad obtienen beneficios en términos de consolidación de los valores culturales en su organización; de mejora de la reputación de la empresa; de mayor capacidad para atraer y retener el talento; de aumento de motivación de las plantillas; de mayor capacidad de innovación y creatividad, o de mejora en la prestación de sus servicios. No olvidemos que las personas no son discapacitadas, sino que la discapacidad se manifiesta o no para según qué actividades y en según qué circunstancias. No se es discapacitado, sino que se tiene una discapacidad. Por ello, **si la discapacidad no limita, no lo hagas tú.**

Innovación, aprendizaje colaborativo, captación del talento, son principios que informan nuestra voluntad de cambio. Los empleados públicos podemos transformarnos. Esperamos que esta iniciativa ayude en dicha transformación.

Manuel Arenilla Sáez
Director del INAP

Asociación Asperger Madrid

Esta obra “EL PRIMER PASO” es el fruto de la aportación de la **Asociación Asperger Madrid** a la **Colección Innap Inserta**.

La Asociación Asperger Madrid es una entidad sin ánimo de lucro cuya finalidad es dar respuesta a las distintas necesidades que las personas con síndrome de Asperger y sus familias puedan tener a lo largo de su ciclo vital.

La asociación está incluida en otras entidades como FEAPS. También participa en la difusión en círculos universitarios como la Complutense o la UNED.

Está compuesta por un equipo de cinco psicólogos y tres trabajadoras sociales. Llevando a cabo intervenciones terapéuticas, de diagnóstico y de preparación e inserción laboral entre otros muchos programas.

Paloma Martínez Ruíz, presidenta de la Federación Asperger España y presidenta de la Asociación Asperger Madrid; **Marta Jaramillo Otero** y **Luis Miguel Aguilar**, psicólogos de la Asociación Asperger Madrid han realizado aportaciones de alto valor y validación en la elaboración de la presente obra.

La novela que tienes en tus manos narra desde dentro las vivencias de tres jóvenes con Síndrome de Asperger, que pretenden integrarse, laboral y socialmente, a un mundo en el que las características del trastorno que padecen son muy poco conocidas.

«El tiempo cura las heridas, pero las cicatrices crecen con nosotros.»

De una manera muy cercana, sensibiliza y da a conocer los aspectos más relevantes de este síndrome, también conocido como TEA-AF (Trastorno del Espectro Autista de Alto Funcionamiento), y propone que todos tenemos un sitio en este sistema, solo tenemos que dar un “primer paso”.

Esta obra forma parte de ***Innap Inserta***, una colección de libros cuyo objetivo es dar las claves y factores de éxito en la inserción laboral de personas con alguna discapacidad psíquica o del desarrollo, como personas con capacidades diferentes que son, y, de esta forma, generar una Administración sintonizada con las necesidades de la sociedad.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE HACIENDA
Y ADMINISTRACIONES PÚBLICAS

INAP

INSTITUTO NACIONAL DE
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA



9 788415 562597